

CACHITOS DE VERDAD para nuestros niños



310

M.L.SMITH DE LOTTER MOSER

u/a

CACHITOS DE VERDAD

Juan Leonor J. de Jotermoser.

35.577

2/1.80
6.5.70

CACHITOS DE VERDAD

2/1.80

para
Nuestros Niños

por

María Leonor Smith de
Lottermoser



(245)

1547 2.14

B U E N O S A I R E S
M C M X X X I I I

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

BIBLIOTECA NACIONAL

Purita Paz

¡Talán, talán! Sonó la hora del recreo y al patio fueron, no sólo las alumnas del cuarto grado, sino también todas las que había en la escuela. ¡Qué alboroto! Las más juiciosas se paseaban de un lado para otro tomaditas del brazo, y las más bulliciosas jugaban al Martín pescador, a las visitas, a las flores y a las esquinitas.

Sin embargo, había una que otra chiquilla tristonza que se mantenía apartada y solita contra la pared, entretenida tal vez en ver jugar a las demás.

Entre tantas, descubriase a Purita Paz, junto a una de las puertas del salón del cuarto grado. No había transcurrido más de una semana desde el primer día de clase; por eso las maestras no conocían muy bien a sus alumnas.

Purita Paz era ya crecida, había cumplido doce años. Sus ojos pardos y serenos pocas veces parpadeaban, fijándose largamente en las cosas que la rodeaban; sus cabellos negros, lustrosos y estirados, formaban una trenza bien apretada por encima de la nuca, haciendo más grandes y más hermosos esos ojazos de niña buena. A ese peinado brillante, acompañaba una carita reluciente como un espejo, una carita que parecía recién

jabonada, sin haber logrado enjuagarse bien. Sus labios entreabiertos y gorditos pedían agua, tenían sed sin dudar, sed de lo que a muchas niñas les falta, sed de cariño.

Y esa era Purita Paz con su delantal blanco, sus medias negras de algodón y sus zapatos de feria.

¿En qué pensaría Purita Paz? Pensaba entonces en que después del recreo tendría que escribir una composición que la maestra había ordenado para la hora de Castellano, la composición sobre “La madre”.

Algunas de sus compañeras, protestadoras y perezosas, habían murmurado: — “¡Qué difícil!” — otras — “¡Qué fácil!”

Purita Paz no había dicho nada; pero había quedado pensando.

¡Talán, talán! otra vez la campana.

En un abrir y cerrar de ojos cada pequeñuela se encontró en su puesto.

El patio quedó como el de un cuartel, las filas se dispusieron como batallones; las maestras como oficiales; la directora como general y, a la voz de: — “¡Marchen!” — marcaron todas el paso entrando a los salones respectivos.

— ¡A trabajar! — dijo la señorita Rosa, frente a sus treinta alumnas del cuarto grado. Al instante, todas se prepararon para escribir la composición.

Unas mordían el portaplumas y otras lo sacudían sin atreverse a empezar. En cambio, Purita Paz lo hizo correr como la cosa más natural, sin preocuparse de lo que pasaba en derredor.

— Ya veo que no escriben — agregó la maestra. —

Les he dicho que no pienso ayudarlas. Quiero conocerlas y saber de lo que son capaces cuando están solas. A escribir, pues no contamos con mucho tiempo.

Las chiquillas sacudieron la cabeza como si despertasen de un sueño y algunas se atrevieron a hacer un mohín de disgusto, concluyendo por dejar correr la pluma sin remedio alguno.

Pasaron los minutos y poco a poco fueron formando pila las composiciones dejadas sobre el escritorio de la Señorita Rosa.

Al día siguiente, con gran sorpresa, vióse en la pizarra mural del patio de la escuela una de las composiciones sobre "La madre", copiada, sin duda, por la maestra, para que todas las niñas de la escuela pudiesen leerla. ¿Por qué? Bien sencillo: porque era la mejor composición, la composición modelo.

Las traviesas pequeñuelas se acercaban llenas de curiosidad para descubrir el nombre de la autora.

Al poco rato no se oyó más que un nombre en boca de todas: — ¡Purita Paz, es la de Purita Paz!

Todas las miradas la buscaban, todas querían verla; mientras que Purita Paz, con sus ojazos tristes, permanecía inmóvil junto a la puerta del salón de clase, sin atreverse a cambiar de lugar.

Llegó la maestra y la acarició con sus delicadas manos, agregando:

—Tu composición es una maravilla. Has de ser una hijita muy buena.

La niña miró con asombro a la maestra y bajó luego los ojos sin decir una palabra.

—Nos gustaría que la leyese usted, señorita, — se adelantó a decir una de las más picaronas.

—Muy bien. Lo haré con el mayor gusto en cuanto suene la campana y haya silencio.

Llegó el momento y la Señorita Rosa, con voz sonora y reposada, leyó:

“COMPOSICION: LA MADRE.

Mamá, mamita, son palabras que se repiten en momentos de gran alegría como en momentos en que el dolor arranca lágrimas. Madre, es la palabra que se oye en boca de casi todos los niños. Madre, dicen algunos y, sin embargo, no la tienen. Ella despierta a sus hijitos con besos; ella les prepara un rico desayuno; ella se fija si el delantal está bien planchado y los zapatos lustrados cuando llega la hora de ir a la escuela; ella se aflige y se divierte con sus hijos; ella les recomienda que presten atención y que se conduzcan bien; ella los hace dormir y los mira mientras descansan para descubrir si están sanos o enfermos. ¡Qué buena es la mamá! Es cierto que algunas veces castiga; pero es un castigo con postre, porque después besa a sus hijos con más fuerza, haciéndoles olvidar sus lágrimas. Las niñas que tienen mamá suelen portarse muy mal, porque saben que la mamá las defiende y las defenderá siempre. ¡Pobrecitos los que no tienen madre!

Purita Paz”.

No bien hubo terminado la maestra, todas las niñas aplaudieron largo rato.

—¿Y siempre se escribirá la mejor composición en la pizarra del patio? — preguntó una de las alumnas.

—Seguramente, si así lo dispone la Señora Directora, — contestó la maestra.

—Ahora iremos al salón, pero antes quiero pedirte que felicites a tu mamá y le digas que pase mañana por la escuela — agregó la Señorita Rosa, dirigiéndose a Purita Paz.

La niña fijó la vista con más tristeza que otras veces en el rostro de su maestra y con la voz bien tranquila le respondió:

—No puedo, porque yo no tengo mamá.

Todas sus compañeras callaron, y en medio del mayor silencio, la Señorita Rosa fué acercándose con paso lento hacia Purita Paz, mientras la niña no apartaba sus ojos llenos de verdad de los de su buena maestra.

—Purita Paz ¿es cierto lo que dices? La que ha escrito esa hermosa página sobre “La madre”... tú ... ¿no tienes mamá? — exclamó la Señorita Rosa posando sus manos suaves sobre aquella cabecita de cabello estirado, como temiendo hacerle daño.

—Sí, señorita. Pensé que mi composición sería la peor, pues yo no he conocido a mi madre.

—¿Y cómo has escrito con tanta ternura? ¿Cómo te has expresado con tanta verdad?

—Porque siempre me he fijado en la mamá de las otras niñas y, cuando sufro, digo para mí: “¡Si estuviese mi mamá!” He visto la madre de las demás y la he deseado. No he hecho más que escribir lo que me parecía que hacían las madres por sus hijos.

—Así es, Purita Paz, — dijo la maestra mirando al suelo sin terminar la frase.

—¿Qué, Señorita? — preguntó la niña. — ¿He cometido una falta?

—No Purita Paz; he dicho: así es, porque los que tienen cosas de mucho precio, los que reciben mimos y caricias, los que tienen quien trabaje y se aflija por ellos, los que gozan de comodidades y ¡tantas otras venturas! esos, no dan valor a lo que tienen, no ven lo que los rodea, no lo extrañan siquiera. Por eso las niñas que poseen mamá, no han encontrado mucho que decir de la madre: la tienen cerca, la miran como algo de ellas mismas, como algo muy natural. A tí, en cambio, te falta, la necesitas, te la figuras, la ves y no la encuentras a tu lado. ¡Ah, Purita Paz! Soy tu maestra, pero no sé cómo explicar la lección que has dado a todas tus compañeras. Solamente tú has dado el verdadero valor a la madre... porque tú no la tienes.

Por primera vez, Purita Paz bajó los ojos y dejó caer unas lágrimas que ni siquiera trató de enjugar ¡eran tan verdaderas! Lágrimas con más brillo, más luces y más colores que las piedras preciosas a la luz del sol.

Purita Paz fué la alumna predilecta de la maestra y la compañera más buscada y más querida entre las niñas de la escuela.

La falta de un cariño de mamá, no fué motivo para que no tuviese el de los demás, y así pudo conservarse siempre buena y siempre tranquila, como su sencillo y bonito nombre: Purita Paz.

Los buenos deportistas

—Por cierto, uno debe perder para que el otro gane, como ocurre en todos los juegos, — decía un tío porteño a sus sobrinos argentinos y uruguayos que se hallaban en torno a la mesa del comedor, después del desayuno, en la ciudad de Montevideo.

—Pero, tío, nosotros queremos que ganen los de nuestra patria — añadió Charito, la argentina más pequeña del grupo.

—Claro... Dígame, tío, ¿no desea usted que ganen los argentinos? — agregó Carlitos, el mayor de los porteños.

—¡Ah, Carlitos! Soy muy patriota, no digo que me disguste que ganen los míos; pero, si perdiesen... me quedaría tan tranquilo como ahora y, al encontrar un uruguayo, le estrecharía la mano con fuerza, diciéndole: —“Bravo, amigo, lo felicito; los suyos se han portado muy bien”.

—¡Tío!!... ¡No ... no puede ser! — gritaron en coro los pequeñuelos.

Entre el vocerío, se oyeron exclamaciones como éstas:

—¿Quién puede con los uruguayos? ¡Ganarán! ...
¿Quién hace frente a los argentinos? Ninguno. ¡Vivan los uruguayos! ¡Vivan los argentinos! ¡No vale! ¡Silencio! ¿Qué saben ustedes?

—¡Ay, tío!... si pierden, me enfermaré. ¡Ay... no... no pueden, no pueden y no perderán! — concluyó por exclamar Charito golpeando la mesa con los puños cerrados como una gatita furiosa.

—Bueno, bueno, bueno... ¡basta! Los llevaré para que todos presencien el grandioso partido de "football" esta tarde — dijo el tío.

—¡Qué suerte! ¡Ya verán cómo voy a aplaudir, verán qué patriota soy! Y cuando ganen: saltaré, cantaré y terminaré por consolar a mis primos uruguayitos, a quienes quiero mucho. Llevaré también la escarapela argentina y me pasearé por las calles luciéndola.

—¿Para qué, Charito? ¿Acaso no se reserva para las fiestas patrias? ¡Cuidado, más respeto con los símbolos nacionales!

—Será... pero yo quiero que después del partido todos sepan que soy argentina y estaré... ¡tan contenta!

—Pues bien, me parece que sería mejor dejar esos preparativos y esas conversaciones para después del partido. Todavía no cantemos victoria; es malo cargarse de laureles antes de la lucha.

—Pero si es seguro el triunfo — replicaron algunos de los niños.

El tío sonrió, acarició la cabeza de sus sobrinos y se despidió hasta más tarde.

Llegó la hora, y emprendieron la marcha.

¡Cuánta gente! ¡Qué bullicio! Automóviles de un lado para otro; vendedores, agentes, bicicletas y la mar de hombres, mujeres y niños atareados que deseaban llegar a la entrada del campo donde se llevaría a cabo el partido más interesante del año. Ya no se hablaba más que de “foot-ball”. ¿Quiénes ganarían? ¿Los argentinos? ¿Los uruguayos?

—¡Es tan agradable mirar a los muchachos que se disputan con desesperación un premio y los aplausos del pueblo! — exclamó el tío, mientras se dirigían al campo de deportes.

—Es cierto — contestó Nestito, su sobrino uruguayo. — Pero es mucho más agradable cuando salen vencedores los de nuestra patria, los del Uruguay y... ¡Qué guapos son! ¡Qué seguros están! Ya verán los argentinos con quién tienen que medirse...

—Calla, Nestito... eres un tonto, un vanidoso; ¿crees que van a ganar? No, no, ¡ni lo pienses! ¿Lo oyes? — replicó Charito.

—¡Ah, primita! Me vas a cansar con tus tonterías. La vanidosa eres tú.

—Tío ¡qué malo es Nestito! ¿Por qué habré venido a Montevideo? Me voy ... me iré cuando triunfen los argentinos.

—Pues me alegro haberte traído — replicó el tío. — Creo que el partido será una buena lección para mis sobrinos. Ganen unos o ganen otros.

Los niños se distrajeron con la cantidad de gente que llenaba el campo y pronto encontraron asiento entre la multitud. Después de oír música y gritaría por uno

y otro lado, una salva de aplausos anunció a los jugadores.

El tío, Carlitos, Nestito, Charito y los demás chiquillos se pusieron de pie y animados por los aplausos, reían y movían las manos sacudiéndolas en alto para saludar a sus compatriotas.

Sonó el silbato y empezó el juego. Pelotazo por acá, pelotazo por allá; un tanto para unos, un tanto para otros; vivas, gritos y aplausos.

Las caritas que al principio sonreían, concluyeron por entristecerse más y más, hasta bañarse en lágrimas. Charito ya no veía; con las manos sobre el rostro encorvábbase poco a poco, hasta concluir en un llanto sin consuelo.

¿Qué habría ocurrido? Algo insospechable para ella: los uruguayos triunfaban, y por lo consiguiente, los argentinos perdían.

—¿Qué haces Charito? Anímate, no pierdas tu sonrisa, acuérdate que eres argentina — díjole el tío.

—No... no puedo, tío — repetía sollozando — ¡Qué desgracia! Esos... uruguayos han hecho trampa .

—¿Qué dices? — preguntó alarmado Nestito — ¿Nosotros, trampa? Si ganamos será porque sabemos jugar.

—¡Estás loco! — replicó Carlitos — Será la casualidad.

Ambos niños, con el rostro encendido, se iban acercando, hasta concluir por rozarse las narices como dos gallitos antes de dar un salto para emprenderla a picotazos.

—Niños... vamos a casa. Esto se pone como un gallinero cuando cae un intruso. Alejémosnos, porque si todos los argentinos y todos los uruguayos comienzan como ustedes, voy a presenciar otro partido de malos jugadores, pésimos ganadores y peores perdedores.

El tío regresó con sus sobrinos tristes y cabizbajos. Llegaron a la casa, donde los esperaban los padres con una mesa cargada con platitos delicados y sabrosos.

—¿Qué les pasa? — preguntó la mamá — Mis uruguayos sonrían y... los argentinos...

—Mamá — dijo Nestito — ¡Viva la patria! ¡Hemos triunfado! ¿Te das cuenta?

—Me explico. ¿Por eso llora tanto Charito? Seca tus lágrimas, querida; ya no quiero oír hablar del asunto — contestó la mamá.

—Tomen asiento — agregó el tío — Antes de beber el chocolate quisiera que todos me escucharan y no dudo que después estarán todos más tranquilos. Un partido de "foot-ball" es una lucha entre dos bandos. ¿Verdad?

—Sí, tío, ya lo sabemos — se apresuró a decir Charito.

—Me alegro. Cada bando se empeña en jugar lo mejor posible, tratando de vencer al contrario ¿no es así?

—Así es; tratando de hacer un "goal" y evitando que se lo hagan — replicó Nestito.

—Pues bien, si ambos obtienen el mismo número de tantos ¿Qué sucede?

—Empatan — dijo Carlitos.

—Luego, deben seguir otro día, hasta que uno de los bandos resulte con más tantos. De manera que unos concluyen por ganar y otros por perder.

—Sí; pero esta vez tenían que ganar los argentinos — interrumpió Charito.

—No veo la razón; si no fué esta vez, bien podría ser otra. Lo que deben hacer los argentinos, es abrazar a los uruguayos; darles las gracias por haberse medido con ustedes y felicitarlos de todo corazón por el triunfo bien alcanzado. El perdedor debe ser un perdedor generoso, de otro modo, jamás podrá llegar a ser buen ganador y cortés con su contrario. Así, el que gana no debe burlarse del que pierde, pues ya le llegará su turno; si no es en eso, será en otra cosa. No porque uno salga vencido, quiere decir que haya jugado mal.

—Sí, pero a mí me dió vergüenza — dijo Charito — por eso lloré tanto.

—¿Vergüenza? ¿Una argentina avergonzada porque unos jugadores de su patria queden vencidos? No, Charito; vergüenza deben tener los argentinos si sus hijas muestran su descontento y lloran empequeñeciéndose al verse derrotadas en uno de los tantos juegos que, al fin y al cabo, constituyen un deporte. En ese momento, hay que levantar el ánimo de los perdedores, hay que sonreír, sin perder jamás la serenidad. No hay que enrojecerse, ni enfurecerse, ni mucho menos contestar de mal modo al contrario. Prométeme que lucirás la escarapela argentina, que cantarás, que saltarás y, en cuanto encuentres a un uruguayo, lo felicitarás por su triunfo. Triunfo es triunfo, y debe ser aplaudido sin tener en cuenta la nacionalidad del que lo mereció.

—¿Y no me dirán cosas feas los uruguayos? ¿No se reirán de mí?

—¡No, Charito! Los buenos uruguayos como Nestito, tu primo, los que saben cumplir con su deber, los patriotas e inteligentes, te tratarán con todo cariño y cortesía.

No sabía, tío. ¿Entonces, no es una vergüenza haber perdido? ¿No cree usted que nos habrán hecho trampa?

—¡No, Charito! El que se deja hacer trampas es un tonto, o las permite por algún motivo. No has de creer que los argentinos sean tan tontos. Además, el buen deportista jamás se vale de trampas.

—Y... ¿qué es un deportista, tío? Siempre oigo esa palabra y no sé lo que quiere decir.

—El buen deportista es el que gana o pierde en buena ley, poniendo, naturalmente, todo su esfuerzo en hacer las cosas lo mejor que puede, concluyendo siempre con una sonrisa, saludando afectuosamente a su contrario; sin llegar jamás a perder el buen modo, sin demostrar enojo, sin perder — en una palabra — la tranquilidad que debió tener al comenzar el juego.

—Bueno, si es así — dijo Nestito — pido un viva de todo corazón para argentinos y uruguayos, ya que cada uno de ellos ha tratado de jugar en la mejor forma posible.

Así lo hicieron los niños y, entre broma y broma, saborearon contentos los refrescos y el chocolate, como los mejores deportistas del mundo después de un reñido combate.

El canillita y la maestra

—Buenos días.

—¿La última revista? — preguntó el canillita.

—Y los diarios también.

—Aquí los tiene, Señorita — añadió el chiquillo, extendiendo los periódicos, que fueron a dar a las delicadas manos enguantadas de una joven alta, rubia, de mirada triste y boca risueña.

—Hasta mañana — dijo la joven — sin que el canillita alcanzara a responderle, pues atareado con la venta, no perdía pisadas a los numerosos clientes que en la esquina de Callao y Corrientes brotaban como hormigas, a esa hora en que padres o criados conducen a los traviesos o juiciosos pequeñuelos a la escuela, pocos minutos después de las ocho, antes de comenzar las clases.

Y así, las mañanitas crudas de invierno se repetían, obligando a empleados, obreros y escolares, a saltar de la cama.

Un día, como tantos del mes de Julio, amaneció nublado; al poco rato, una llovizna fría y porfiada comenzó a caer. Unos, abrieron paraguas, y otros, se cubrieron con impermeables y abrigos.

La Señorita Martina caminaba más ligerito que otras veces. Al cruzar Callao y Corrientes, no oyó la voz del canillita Faustino. Miró en derredor, y vió que se acercaba temblando con el cuello hasta las narices y la gorra hasta los ojos. Nada extraño, por cierto; los canillitas no usan paraguas, ni se cubren con impermeables; tampoco se pueden guarecer en esas glorietas techadas, altas y bonitas que encierran a los agentes de tráfico.

—¿Tienes frío? — le preguntó.

—¡Estoy helado!

—Yo también... Se me ocurre una idea. ¿Quieres acompañarme a beber un vaso de leche caliente? Aquí no más — agregó señalando una lechería.

—¿Yo? ¿Con usted? — interrogó el niño mirando a la joven de la cabeza a los pies.

—Seguramente. ¿Qué has tomado esta mañana?

—Nada... no tenía tiempo, se hacía tarde...

—Por eso tiembles de frío. Ven — añadió tomándolo de un brazo.

El chiquillo no se resistió y entró a la lechería con la Señorita Martina. ¡Qué olorcillo! A Faustino se le animaron los ojos y humedeció los labios paspados con la lengua cargada de saliva, al saborear de antemano el desayuno inesperado. Tomaron asiento y, en un abrir y cerrar de ojos, bebieron el espumoso café con leche.

—Muchas gracias, Señorita. Me voy prontito, porque corro peligro que otro vendedor me desaloje; debo cuidar los clientes. ¡Qué buena es usted!

—No te vayas. Escucha: vendrás todas las mañanas a tomar un vaso de leche caliente y un pancillo. Es un invierno terrible y te obsequiaré durante el mes de

Julio con este pobre manjar que te ayudará a mantenerte despierto y contento para vender más diarios.

Efectivamente, la Señorita Martina había pagado seis pesos adelantados al patrón de la lechería, para que sirviese al niño todas las mañanas.

—¿Qué he hecho para que usted sea tan buena?

—Nada, Faustino; se me ocurrió calmarte el frío y pensé que así cobrarías calor.

Ambos se miraron con tristeza y ambos se dieron la espalda para continuar la tarea diaria. Esa noche siguió garuando y al dejar caer la cabeza sobre la almohada, tanto el canillita como la maestra, recordaron el espumoso café con leche y se durmieron con una sonrisa en los labios.

Llegó fin de año. Comenzaron las deseadas vacaciones para todos los que a la escuela asistían. El canillita Faustino dejó de ver a la Señorita Martina.

—¿Cuándo volverán a comenzar las clases! ¡Navidad pasa, se acerca Año Nuevo y pronto se nos viene Carnaval! — repetía el diminuto vendedor de diarios.

Llegaron los primeros días de Marzo y las calles se poblaron de escolares sonrientes que volvían con entusiasmo a la escuela.

En vano Faustino fijó la vista en señoras y niñas; en vano, porque no encontraba quien tuviese la mirada triste y la boca risueña de la Señorita Martina. Esperó mucho; esperó creyendo que la vería. Algunas veces, triste y cabizbajo, olvidaba a sus clientes por pensar en ella. ¿Por qué? El mismo no lo sabía. ¿Acaso eran grandes amigos? ¡Seis pesos de una cartera! ¡El vaso de leche! Tan poquito al parecer y tan grande en realidad.

Eso tan sólo había despertado un cariño más intenso que el que se quiere alcanzar y no se logra con los millares de pesos que se distribuyen para obras de caridad. Fué la de la señorita Martina, la caridad que nace frente al dolor de un niño que trabaja, la caridad de una modesta maestra, la caridad que no se publica en diarios, ni se encierra en alcancías antes de ser distribuída, la caridad que no se deposita en las manos que la imploran, la caridad que hace bien, que mueve el corazón; la caridad que se agradece con un cariño, que perdura toda la vida.

Y así Faustino fué creciendo hasta llegar a los quince años. Un hombrecito ya ¿en qué podría trabajar? Con los escasos estudios que había hecho en la escuela de noche ¿quién habría de emplearlo? Siguió, pues, vendiendo diarios y revistas, siempre atento y siempre alerta para mantenerse el más buscado de los canillitas de Callao y Corrientes.

Una tarde de sol, cruzaba la plaza Rodríguez Peña, cuando le llamó la atención una joven agobiada que, al sostenerse sobre un bastón, marchaba lentamente del brazo de una mujer.

El canillita se acercó... ¿dónde había visto ese rostro? Marchó a su lado mirándola con atención, hasta que por último exclamó:

—¡Señorita! ¿No me conoce ya?

—¿Quién habla? — preguntó la joven volviendo la cabeza.

—Soy yo... soy Faustino... el canillita ¿No recuerda las mañanas de frío y viento, las mañanas de invierno en Callao y Corrientes?

—Tú... tú... el amiguito de aquellos tiempos... Acércate, muchacho, déjame que pase la mano sobre tu rostro inocente, esa carita que sufría el frío y el calor, sin lamentarse jamás.

—Pero, Señorita... usted no me mira... ¿No me alcanza a ver? ¿Por qué abre los ojos y los fija en las plantas?

—No te alarmes. He perdido la vista.

—¡Usted!... ¿ciega?... ¿Es verdad lo que dice?

—Verdad, amigo; pero sentémosnos en un banco para conversar sobre otros tiempos.

Faustino temblaba; no de frío esta vez, temblaba de espanto.

—No puedo creerlo. ¿Se curará?

—No lo sé. ¿Por qué te aflijas? ¿Me ves preocupada? Estoy contenta; contenta al saber que me recuerdas. Muchas veces pensé en tí; pero no quise que descubrieses mi mal.

—Y ahora, Señorita... ¿no podrá leer los diarios?

—Sí, Faustino; leo con los ojos de los demás. En este momento, si quisiera leer, tú me prestarías tus ojos ¿verdad? Acércate y ponte a leer los chistes de la última revista.

El canillita, sin responder, dejó la cargazón de papeles a un lado del banco y tomó un semanario comenzando a leer algo de lo más interesante, esforzándose en hacerlo lo mejor posible. Ambos concluyeron por reír, hasta que la ciega dijo:

—¡Qué bien me has hecho, Faustino! ¿Te sobra tiempo?

—Para usted, siempre.

Por último se separaron, prometiendo encontrarse todos los días en la plaza, en el mismo sitio.

Al cabo de una semana, la Señorita Martina le dijo:

—Oye, Faustino: se acerca el invierno y los días de frío; el frío que nos hizo amigos. ¿No podrías venir a casa todos los días a leer lo que te pida? Tengo muchos libros que no conozco y desearía saber lo que encierran. De cuantas personas han leído para mí, tú eres el que más me encanta. Tus ojos, serán los míos.

—No puede ser, Señorita, yo no sé leer...

—Lees como hablas, lees con calma. Sigo tus palabras sin perderlas; pronuncias todos los sonidos, te ríes, te horrorizas y hasta la voz la bajas o la levantas, según te impresionen los asuntos que sigues con interés. ¿Que más puede pedirse al que lee?

—¡Encantado, Señorita! ¡Cómo podría negárselo! Es usted que ha terminado por hacerme otro favor. ¡Me gusta tanto leer! Me gusta tanto que olvido a los que me rodean y me voy al lugar donde ocurren los incidentes que narra el escritor. ¡Me imagino ser médico, aviador, ingeniero, profesor, diputado y hasta presidente de la Nación! ¡Si las revistas me entretienen ¡cómo no han de hacerlo los libros! ¡Los libros!

—Faustino, déjame que te abrace. Mañana te espero en casa. Viajarás y te hallarás en un mundo de maravillas cuando me hagas feliz, leyendo lo que te indique.

Y así se separaron el canillita y la maestra. Las tardes de invierno volaron sin sentirse: uno leyendo y la otra escuchando.

Al correr del tiempo, llegó un día en que la Señorita Martina dijo a su amigo:

—Ahora, Faustino, estás preparado para dar examen. Te he obligado a leer algunos asuntos pesados que no tenían interés para tí ni para mí. ¿Sabes por qué lo he hecho?

—No, Señorita. A veces me extrañaba que me obligase a resolver problemas... pero... lo fuí haciendo hasta que me llenaron de curiosidad. Yo mismo he comprado libros para descubrir lo que en ocasiones no alcanzaba a comprender, por más que usted me lo explicaba.

—Pues te he obligado a leer las lecciones que se dictan en el Colegio Nacional; te las he hecho repetir y ahora sabes los programas mejor que cualquier alumno regular. Preséntate a un examen libre y me darás una satisfacción.

El canillita abrazó a su maestra y, obedeciéndola, rindió examen obteniendo las más altas clasificaciones.

Poco a poco terminó los estudios y una vez preparado para ingresar a la Universidad, la Señorita Martina le preguntó:

—¿Qué carrera piensas seguir?

—La de médico...

—¿Sabes los esfuerzos que te ha de costar?

—Ya estoy preparado para trabajar. Estudiaré para... —dijo sollozando.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué tiembla tu voz?

—Para curar a usted los ojos... seré médico y no he de descansar hasta que usted recobre la vista.

—Escucha, Faustino: yo no necesito ver. He realizado una obra sin necesidad de la vista. ¿Piensas

que podría alcanzar algo más grande y más hermoso que tu cariño y tu preparación?

—No creo, Señorita; pero sí es cierto que usted ha llevado a cabo algo sin precio, superior sin duda a las obras de beneficencia de que tanto se enorgullecen las damas pudientes, con ojos que parecen ver y — a mi modo de pensar — no ven nada...

—¿Qué dices, Faustino? ¿Por qué tan malo con las generosas porteñas?

—No soy malo, Señorita. Sólo creo que usted ve más que ellas, ve los corazones, descubre la inteligencia de los que la rodean, ve... no sé cómo explicarme; ve lo que es necesario ver. No basta buscar calzado, ropa y alimento para el cuerpo, hay que buscar algo que nutra y desarrolle el cerebro, para que todos sean preparados y buenos, tal como usted lo ha hecho.

—Gracias, Faustino: un argentino más que será un hombre de provecho, no sólo para su patria, sino para el mundo entero.

Faustino sigue estudiando para conseguir lo que se ha propuesto, como lo haría, sin duda, todo canillita que tropezara una mañana de frío y llovizna, con una maestría generosa y modesta, como la Señorita Martina.



Los zapatos prestados

—¡Qué suerte! ¡Ha llegado por fin el príncipe! Todos quieren verlo; verlo de cerca y, si posible fuese... rozar su manto...

—¿Su manto, Malena? — preguntó Zulma, abriendo mucho los ojillos negros y picarones, mientras su alegre rostro dejaba asomar una sonrisa.

—Sí, su manto, su capa o lo que sea — replicó la rubia Malena algo contrariada — ¿Por qué me interrumpes? Estaba soñando con el príncipe que llena los diarios y las revistas.

—Pero dime... ¿estás trastornada como las demás chicas de la escuela? Siempre hablando de ese príncipe...

—Es un encanto. ¿Cómo no ha de serlo? Hijo de un rey, educado en un palacio de verdad. ¿Te das cuenta?

—¡Cómo no me voy a dar cuenta! Y... tanta cuenta me doy, que ya sé que no se ha de ocupar de nosotras: pobres, desconocidas y feas. Por lo pronto, yo no podré ir al desfile, porque papá no cobrará hasta fin de mes y no tengo para comprarme zapatos nuevos; éstos, están remendados y, si camino mucho...

—Se te abrirán como boca de sapo ¿verdad? Por suerte que los míos están flamantes.

—Me alegro, Malena, porque tú estás deseando aplaudir a ese príncipe que, al fin y al cabo, no vayas a creer que es tan lindo como lo pintan.

—No, Zulma; eso no es verdad. Lo que pasa es que tú no quieres que sea lindo, porque no puedes ir al desfile, porque... tú misma lo has dicho: no tienes zapatos nuevos.

—Malena, no seas así; ¡tan mala conmigo! Es verdad; estoy enojadísima con ese príncipe, porque no podré verlo — y así diciendo, a la niña se le llenaron los ojos de lágrimas.

Ambas compañeras se dirigían a la escuela, mientras conversaban sobre la llegada del príncipe.

Una vez en clase, la maestra dió la gran noticia.

—Atención: vamos a prepararnos para el gran desfile de mañana.

—¿Para ver al príncipe? — preguntó Malena.

—Precisamente; pero, como la escuela está muy apartada de la Plaza del Congreso, sólo podrán concurrir unas cuantas alumnas. Tendrán que presentarse muy arregladitas, con uniforme bien planchado, zapatos lustrados y un moño blanco en la cabeza, como de costumbre, cuando realizamos excursiones. ¿Quiénes son las que me acompañarán? De pie — ordenó la maestra.

Todas a un tiempo se levantaron. Zulma titubeó; pero al sentir el puntapié de Malena por debajo del banco, se incorporó también.

—Muy bien — respondió la maestra — Tomen asiento. Como no puedo llevar a todas, voy a conformarlas eligiéndolas a la suerte. Una de ustedes repartirá estas cédulas; las que obtengan los números del uno al

cinco, se pondrán de pie, pues irán al desfile. Las que reciban la cédula en blanco, tendrán que contentarse con oír después el relato de las favorecidas por la suerte.

Mucha fué la algazara y la inquietud de las treinta y dos alumnas que llenaban el salón. Se repartieron las cédulas y, cuando la maestra dijo “—Ya pueden abrirlas”, los deditos nerviosos como picaflores y los ojos de mirada ansiosa, trabajaron a un tiempo como movidos por un resorte. De inmediato, se oyeron suspiros y risas maliciosas, a tiempo que cuatro pequeñas se levantaban de golpe, hablando a la vez.

—El uno, yo. —El dos, Señorita. —El tres, es mío. —El cuatro; ¡qué suerte!

—¿Y el cinco? — preguntó la maestra.

—Aquí está, Señorita — exclamó Malena. — Lo tiene mi compañera Zulma.

—¿Y por qué no te levantas?

—Es que... que yo.. Señorita... yo...

—¿No puedes ir?

Zulma sentía que Malena le tiraba el delantal como para animarla.

—Sí, Señorita; Zulma quiere ir — concluyó por decir Malena.

—A tí no te he preguntado — replicó la maestra, agregando: —Zulma, contéstame o acércate a mi lado, si es que deseas comunicarme algo.

Por toda respuesta, la niña se echó a llorar desconsoladamente, mientras la maestra la acariciaba tratando de descubrir su secreto; pero, antes de descubrirlo, Malena se adelantó diciendo: —Zulma es muy ver-

gonzosa, Señorita, aunque también es muy buena; yo la conozco y sé que desea muchísimo ver al príncipe, pero...

—¿Pero qué? — concluyó por decir la maestra.

Ambas compañeras se retorcián las manos cambiando miraditas inquietas, hasta que Malena dijo:

—Nada, Señorita; es el susto que la ha hecho llorar, pues seguramente tendría miedo que no la llevarsen. Dice la mamá que es muy llorona.

—Bueno, bueno, ya todo ha pasado; irás Zulma. No llores, me alegro muchísimo que te haya correspondido una de las cédulas numeradas.

Al retirarse de la escuela, no bien estuvieron alejadas de sus compañeras, Zulma dijo a Malena:

—¿Crees que tus zapatos me quedarán bien?

—Sí, Zulma, me parece que tenemos el mismo pié, por eso te los ofrecí antes de abrir las cédulas, en caso de que fueses una de las elegidas.

—¡Qué alegría, Malena! Ahora podré ver al príncipe; pero... ¡no sé cómo agradecerte los zapatos! Y... mucho más, salvarme ante la maestra, pues, a decir verdad, a mi me daba vergüenza contarle que somos muy pobres y que mi buen papá no ha cobrado su jornal todavía. No sé si habré hecho mal.

—No, Zulma, has hecho muy bien. Dice mi abuela que hay una cosa que se siente a veces y que se parece a la vergüenza, pero no es vergüenza, es algo mucho más lindo en las niñas.

—¿Qué es, Malena? ¿Acaso yo lo sentí?

—Me parece que sí. Eso se llama pudor; fué el pudor lo que te detuvo la lengua y no pudiste confesar las privaciones que sufre tu familia. Yo creo que eso es

muy bello en una niña, así lo dice mi abuela, y mi abuela sabe lo que dice ¿verdad?

—Debe ser. Sin embargo, yo conozco niñas y tú también, que, cuando la maestra pide algo, ya están a los gritos: “—¡Ah, yo no lo compro, porque mi papá es pobre!”

—Es feo, Zulma.

—Yo no sé si es feo o si es lindo; pero a mí me cuesta decirlo; no puedo, pues mis padres son buenísimos y no me gusta que todos se den cuenta de lo que pasa en mi casa.

—Has dicho justamente lo que me aconseja mi abuela; pareces una vieja, Zulma. Ahora pasarás por casa, te daré los zapatos y después me contarás lo que veas en el desfile.

Zulma, cargada luego con los zapatitos de Malena, llegó a su casa, y corriendo hacia su mamá, exclamó:

—¡Mamita! Mañana iré al desfile con unas cuantas chicas.

—Me alegro. Quítate el delantal, voy a lavarlo y a plancharlo para que seas una de las más blancas palomitas que rodeen al príncipe; pero, ahora que recuerdo, tus zapatos están...

—Muy remendados ¿no es cierto? Pero Malena me ha prestado los suyos.

La madre abrazó a su hija, sin dejar ver las lágrimas que llenaban sus ojos y, manteniéndola en sus brazos, dijo:

—No debes olvidar lo que ha hecho Malena; es un rasgo que ni las personas mayores alcanzan, es algo que

ha nacido espontáneamente de su corazoncito infantil, porque no quiere que pierdas lo que ella hubiese deseado.

—Qué quiere decir espontáneamente?

—De pronto, sin meditarlo, Zulma. Cuando seas mayor sabrás que esos actos que se realizan de repente, son los que dan a conocer las personas tal cual son. Ahora sabemos que Malena es generosa, sin que se lo ordenen, y al prestarte los zapatos no ha querido más que hacerte feliz. ¿Hay algo más hermoso? No olvides, Zulma, nuestra conversación.

—No, mamá. Ahora, a prepararnos para ver al príncipe.

Al día siguiente, Zulma, blanca como la espuma y contenta como un pajarito al nacer la primavera, salió calzada con los zapatitos prestados. Tanta era su alegría que olvidó el malestar de los pies ceñidos por un calzado algo estrecho para ella.

Malena la esperaba al pasar, con su abuelita, en la puerta de calle y no pudo menos que exclamar:

—¡Qué linda estás! Diviértete mucho y vuelve a contarme las cosas que hayas visto. En tus pies, mis zapatos parecen más bonitos... voy a esperarte luego ¡con unas ganas! Hasta luego.

—Hasta luego y muchas gracias, Malena.

Zulma siguió viaje, sintiendo ya que sus pies se endurecían y que los preciosos zapatitos la molestaban. Al llegar a la escuela, encontró a sus compañeras con los ojos brillantes y las mejillas rosadas, luciendo el planchado moño más empinado que de costumbre, tal vez deseoso de lucirse ante el príncipe.



Los canillitas no usan paraguas . . .

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

De pronto, Zulma perdió el entusiasmo, su graciosa boquita se retorció y su brazo derecho se extendió hasta tocar la pared para sostener su cuerpo.

—Buenos días, Zulma — dijo una de sus compañeras. — ¡Qué te pasa? Pareces enferma.

—¡Señorita, Señorita! — exclamó otra, llamando a la maestra — Parece que Zulma se siente muy mal.

Llegó entonces la Señora Directora, algo alarmada por cierto. Sostuvo a Zulma y la llevó hasta su escritorio, alejándola de las niñas que, curiosas, trataban de descubrir lo que ocurría. No bien dejó el brazo de la niña, ésta cayó de rodillas, no pudiendo sostenerse de pie.

—¡Qué hay, Zulma? Tomarás una taza de té bien caliente. ¡No te habrás desayunado? ¡Crees que no podrás ir al desfile? — preguntábale la directora acariciándola.

Zulma se echó a llorar y concluyó por decir entre sollozos:

— Señora... no puedo más, son los zapatos... me duelen mucho los pies.

—Pues quítatelos cuánto antes, criatura! ¡Qué ocurrencia la tuya!

La niña se apresuró a desabrochar los zapatitos y, obedeciendo a lo indicado por la directora, dejó libre a sus pies con un suspiro de alivio.

—¡Por qué has venido con esos zapatos? ¡No tienes otros? En caso contrario, no podrás ver al príncipe. Contéstame pronto, pues entre media hora, debemos salir de la escuela.

—¡Con cuáles vienes a la escuela?

—Con otros... pero están por romperse del todo.

—Entonces esos — dijo señalando los que acababa de quitarse — serán de tu hermanita.

—No, Señora — contestó Zulma llorando — No tengo hermanas.

—¿Tuyos?

—¡Tampoco! No puedo decírselo.

—Explicate. Cuéntame lo que pasa, estamos solitas.

—No, Señora... yo no podré ir... mis zapatos están muy feos. ¡Qué vergüenza! ¿Qué dirán mis compañeras?

—No importa, Zulma. Los zapatos no se han de ver, habrá muchas niñas que formarán a tu lado sin preocuparse de lo que pasa en el suelo.

—Señora... es que yo no quisiera despreciar a Malena.

—¿Qué tiene que ver Malena con todo esto?

—Es que... Malena me prestó los zapatos para que no dejase de ver al príncipe. Ella bien sabía que yo lo deseaba ¡tanto, tanto! Como estamos solitas, señora, se lo puede confesar. Mamá dice que Malena fué espontánea y eso no se debe olvidar.

La Directora sonrió y saliendo del escritorio mandó en busca de los zapatitos usados de Zulma, y como recompensa a Malena, le escribió a la mamá, pidiéndole que la enviase al punto, para llevarla también al desfile.

Al llegar a la escuela, ambas niñas se miraron con angustia, hasta que Zulma se atrevió a decir:

—¿Tú también vas, Malena?

—Sí, Zulma, así lo ha dispuesto la Señora directora, ordenando que te calces tus zapatos.

Las niñas olvidaron lo ocurrido ante el bullicio de sus compañeras y una vez en las escalinatas del Congreso dominaron con la vista toda la plaza y sus alrededores, alfombrados al parecer, con centenares de pétalos de rosas blancas, que no eran más que las alumnas de las escuelas, ataviadas con grandes moños.

—¿Y el príncipe?

—¡Silencio! — decía la maestra.

De pronto se oyó un murmullo y vióse a un militar que adelantaba sus pasos hacia un palco rodeado por personajes en traje de gala.

—Señorita, yo no lo veo. ¿Cuál es? — decía Zulma.

La maestra, también empeñada en reconocerlo, concluyó por decir:

—El del capote gris ¿no lo ven?

—No, Señorita. No vemos más que el traje; no se le vé la cara.

La maestra sonrió y volvió a pedir silencio.

Una de las niñas, algo impaciente, dijo sin pensar:

—¿Y para eso nos han traído? Si no lo vemos...

—Tampoco nos vé a nosotras — respondió una traviesa morenita.

Al poco rato comenzó el desfile, al son de una marcha, para regresar a la escuela.

—¿Y ésta es toda la fiesta? — preguntó Zulma. — Bien lo dijiste, el príncipe no puede ocuparse de gente como nosotras: pobres, desconocidas y feas.

—Ya lo sé; por eso es que tanto lo deseamos ver, porque nunca lo alcanzamos a conocer.

Y así llegaron a sus casas, ansiosas de relatar a sus padres cuanto les había ocurrido.

La abuela de Malena conformóla, diciéndole:

—Los príncipes de ahora no están como los de antes, en contacto con el pueblo, aunque así lo parezca.

—¿Qué quiere decir en contacto?

—De cerca, junto a los pobres y a los ricos; muy de cerca. Realizaban fiestas populares que resultaban preciosas y que tú debes haber leído en tus cuentos de hadas.

—¿Es verdad, abuela?

—Sí, querida; pero te estoy hablando de la nobleza antigua, muy antigua.

—¿Y por qué los príncipes de ahora no son como aquéllos?

—Porque todo cambia. Los de ahora se divierten a puertas cerradas, en sus salones; y nosotras, es decir, las del pueblo, no participamos de sus diversiones.

—Y por qué les hacen tantas fiestas?

—No por ellos, sino a la Nación de donde vienen, al pueblo que representan. Si viene un príncipe italiano, los festejos son en honor de Italia; si viene un inglés,...

—En honor de Inglaterra o Gran Bretaña... — agregó Malena.

—Muy bien, hijita; de manera que los festejos son para la bandera extranjera, símbolo de su patria, nada más que un acto de cortesía de nuestra parte.

—¿Qué inteligente es usted, abuela! ¡Cuántas cosas me enseña! Yo creía que los príncipes arrastraban mantos bordados, que se adornaban con galones y medallas y que había que adorarlos porque eran diferentes a los demás hombres.

—A veces, querida; pero poco a poco eso va desapareciendo.

Y así terminó el día la generosa Malena, soñando esa noche con príncipes antiguos, olvidando al que tanto había deseado ver.

En cambio, Zulma, habló de otro asunto con su mamá; ésta le dijo:

—Aunque no hayas llevado los zapatitos de Malena, me alegro que te los haya prestado.

—¡Qué suerte que no se descosieron los míos! ¿Por qué dices que te alegras que me los haya prestado? A mí no me parece ¡me hicieron sufrir tanto! Me ceñían los pies y aun los tengo doloridos...

—No es por el príncipe, ni por los zapatos ni por el dolor de tus pies; simplemente porque ahora conocemos a Malena como una amiga generosa, capaz de comprender el dolor y la alegría de sus compañeras; es de las que dan, sin esperar a que se les pida, cosa muy rara entre las que se llaman amiguitas. Además, he descubierto que tú quieres mucho a tu papá.

—Sí, mamá. Yo tuve pudor de mi pobreza y eso, creo que es muy lindo.

—¿Cómo lo sabes? ¡Es tan raro en las niñas de hoy!

—Me lo explicó Malena y su abuela se lo ha enseñado. Dice que es parecido a la vergüenza; pero mucho más hermoso.

Madre e hija se abrazaron, enviando al día siguiente una bandeja con doce empanadas criollas a la abuelita de Malena, muy agradecidas al par de zapatitos prestados.

El mejor regalo

Abuelita Clementina tiene muchos nietos: pobres y ricos, buenos y... malos no... ya lo veremos.

Abuelita Clementina va a cumplir ochenta años; hay que festejar el cumpleaños de una abuela de cabello blanco, de voz apagada, de manos trémulas, de cuerpo agobiado y de palabras cariñosas para cuanto perrito, gatito o pájaro abandonado descubre a su paso.

—¿Qué le regalarás a tu abuelita?

—Yo no sé, mamá. ¿Un par de guantes? No... ya tiene algunos. ¿Caramelos? No puede masticarlos bien. ¿Un reloj? ¿Una bombonera? ¿Un florero? ¿Una estatua?...

—Nada de eso, Rosalinda. Quiero que tú lo busques y lo encuentres. Ya sabes que somos pobres y debemos cuidar los centavitos; fuera de eso, abuelita Clementina tiene muchos nietos ricos que la cargarán con obsequios costosos. Has de pensar algo que la encante y que no cueste dinero.

—Eso es muy difícil mamá; sin dinero no se puede comprar un regalo.

—Yo no digo que lo compres; sólo te pido que lo pienses o que lo busques.

—¡Ay, mamita! ¡Esto es peor que las adivinanzas!
¿Por qué no me lo dices tú?

—Porque tú eres capaz de encontrarlo.

—¿Algo que le encante a mi abuelita? ¡Algo...
que... le... en...can...te! — repitió Rosalinda, la
nieta más modesta de Misia Clementina, mientras su
mamá se retiraba para continuar el arreglo de la casa.

—Yo sé... — dijo Rosalinda hablando con su
muñeca — que a tu bisabuela le gusta... le gusta que
le recite los versos que aprendo en la escuela; le encanta
que toque en el piano los últimos ejercicios que me da la
maestra; también, le causan placer las picardías de mis
compañeras; se admira ante los trajecitos que te
confecciono a tí muñequita de trapo, a tí mi hijita ado-
rada... — concluyó por decir la niña abrazando a su
muñeca, para luego agregar:

—¡Ya está! Tengo un regalito que no cuesta dinero,
nada más que mi trabajo; algo que gustará a mi abuela
y que será... será... aplaudido el día de la gran fiesta.
¡Mamá, mamá! — exclamó Rosalinda, saliendo en busca
de la hacendosa señora.

—¿Qué te pasa? ¿Te has pinchado? ¿Estabas
cosiendo?

—No, mamita: tengo una idea. Aprenderé unos
versos para declamarlos el día del gran cumpleaños y...
además, podría obsequiar a mi abuela con unas flores.
¿Que te parece?

—¡Encantada, Rosalinda! Nada mejor. Desde hoy
comenzarás a estudiar una poesía argentina y cuidarás
las plantas y sus pimpollos para poder luego armar un

regio ramillete de flores lozanas que lleven el perfume de nuestro cariño en sus fragantes pétalos.

Rosalinda olvidó a su muñeca, dedicando su tiempo a las plantas y al estudio. Pasaron los días, hasta que la mamá la llamó a su lado, preguntándole:

—¿Qué tal, Rosalinda? ¿Estás preparada? ¿No sabes que faltan dos días para el cumpleaños?

—Sí, mamita. También pienso tocar una sonatina en el piano; yo creo que abuelita me besará con entusiasmo al descubrir los progresos que estoy alcanzando en el Conservatorio. ¡Le gusta tanto la música!

—Muy bien, Rosalinda; pero no confíes en tus adelantos alabando tu preparación; es necesario que estudies mucho más.

Llegó por fin el cumpleaños de abuelita Clementina y allá, en el viejo barrio del Caballito, donde tenía su residencia la anciana, recibió a sus nietos que, repartidos en grupos de dos, cuatro o seis chiquillos, acudieron de diferentes puntos de la amplia ciudad porteña para saludarla.

Apoltronada en un antiguo y mullido sillón de su gran comedor, sonreía la viejecita, al recibir el cumplido de las visitas, dejando sobre una mesa los vistosos regalos que le entregaban. Un perrito blanco, lanudo, curioso y mimado, saltaba en derredor, sin apartar sus ojillos negros de la anciana, temiendo tal vez que le hicieran daño. Un gatito negro, remolón y juicioso, dormía enroscado sobre un almohadón, sin preocuparse de lo que ocurría en torno a su dueña, y un canario diminuto y saltarín, piaba de vez en cuando en su jaulita

dorada, esperando las hojas de lechuga que aun no había tenido la suerte de saborear.

A los tres regalones de abuelita Clementina: el perrito, el gato y el canario, agregóse esa tarde una cantidad de pequeñuelos inquietos como mariposas multicolores de incansable revolotear.

Las mejillas de abuelita Clementina tiñéronse de rosa y sus bondadosos ojos verdes resplandecieron de contento ante tanto bullicio.

—Buenas tardes, abuelita, y que los cumpla muy felices. Estas rosas fueron arrancadas por mí y elegidas especialmente para usted. Las he vigilado y regado todos los días, cuando aun eran pimpollos, para ofrecérselas abiertas y fragantes. Traen la pureza de mis buenos deseos y los de mamá — concluyó por decir Rosalinda, arrodillándose a los pies de la anciana después de entregarle un gran ramo de rosas.

La abuela acarició con sus débiles manos la ensortijada cabellera negra de la niña y con voz conmovida le dijo:

—Gracias, Rosalinda; levántate y dame un beso. Aquí, sobre esta mesita, están los demás regalos; pero estas rosas las tendré sobre mis faldas y no dudo que su fragancia me tendrá contenta todo el día. Son frescas, hermosas y sencillas, como quisiera que fuesen todos mis nietos.

Llegó la hora del té, y los niños, como pajaritos sedientos, se amontonaron en torno a la mesa, abriendo tamaños ojos ante las fuentes cargadas con pastas, masas y bombones. De pronto, todos callaron; Rosalinda se trepó a una silla y mirando en derredor, concluyó por

fijar los ojos en los de la anciana que presidía la mesa, diciendo:

—Ha llegado el momento de ofrecer a mi querida abuelita el obsequio preparado exclusivamente para ella.

Todos los niños aplaudieron sin saber de qué se trataba y Rosalinda, con el rostro encendido, agregó:

—Escuchen, voy a recitar unos versos del poeta Carlos Guido Spano.

En medio del mayor silencio vibró la vocecita infantil de Rosalinda, quien al terminar saltó de la silla y corrió a besar a su abuela.

—¡Muy bien, muy bien! ¡Viva Rosalinda! — exclamaron con entusiasmo los niños, para terminar por beber el té con el mejor apetito y la mayor algazara.

Abuelita Clementina secaba de vez en cuando unas lágrimas que nublaban sus ojos al observar a Rosalinda, a quien encontraba más linda que otras veces.

Por último la niña se atrevió a decir:

—Esto es muy poquito para mi abuela. Si ustedes me lo permiten y guardan silencio, voy a escaparme.

—No, Rosalinda ¿te vas? ¿qué piensas hacer? — preguntó la abuela asustada.

—Sí, abuelita, me escaparé de la mesa y me sentaré al piano para que usted beba la segunda taza de té al son de mi último estudio. Dice mamá que la música encierra nuestros anhelos y sus notas son palabras que explican lo que a veces no podemos decir. Vamos a ver si mi sonatina, le cuenta cuánto la quiero. Los niños volvieron a batir palmas hasta que Rosalinda se sentó al piano.

No bien hubo terminado, la abuelita se incorporó para abrazarla y, manteniéndola a su lado, dijo:

—Queridos nietos: He cumplido ochenta años en medio de caritas angelicales a cual más linda y encantadora. He recibido obsequios bonitos, valiosos y útiles que conservaré y me traerán el recuerdo de sus buenos deseos. Les doy las repetidas gracias de todo corazón. Pues bien, el año que viene, para esta misma fecha, desearía verlos reunidos otra vez; pero con una condición.

—¿Cuál, abuelita? — preguntó el mayor de la concurrencia.

—Quisiera que cada uno de ustedes me trajese, como Rosalinda hoy, una prueba de sus estudios o de su amor al trabajo. Algo que salga de sus cabecitas o de sus manos. Con eso han de demostrar el respeto y cariño a sus mayores; mejorando y elevándose siempre.

Todos volvieron a aplaudir con más fuerza, hasta callar para despedirse de la abuela que debía recostarse antes de anocheecer.

El perrito blanco, lanudo, curioso y mimado quedó meneando la cola; el gatito negro, remolón y juicioso siguió durmiendo; y el canario diminuto y saltarín plegó las alitas acurrucado sobre un palito, no bien hubo se retirado Rosalinda, la nieta ejemplar de abuelita Clementina.



Los amiguitos de enfrente

Dardo y Albita residían justamente frente a la casa de otro par de chiquillos como ellos: Rogelio y Carlota.

Dardo y Albita jugaban todas las tardes en la vereda con permiso de la mamá, porque no tenían un patio suficientemente cómodo para correr y saltar.

En cambio, Rogelio y Carlota eran niños de familia rica, y en su espaciosa residencia no faltaban salones, pasillos, patios y jardines, donde jugar a gusto. El caso es que algunas veces suspiraban también por salir a la vereda y a la plaza vecina, y allá iban vigilados por una niñera; fué también allí donde comenzaron su charla con Dardo y Albita, concluyendo por ser los mejores amigos.

—¿Van a la plaza? — preguntó un día Albita al ver a sus vecinos cargados con arcos, cuerdas y pelotas.

—Sí... ¿y ustedes no vienen? — contestó Rogelio.

—Iremos, aunque primero pediremos permiso a mamá.

—Los esperaremos allá, — añadió Carlota.

—Hasta luego, — dijeron los niños corriendo a su casa.

—Mamita ¿nos dejas ir a la plaza?

—Ya lo sospecho: irán los amiguitos de enfrente. Pues bien, mucho cuidado con Albita, ¿oyes, Dardo?, Vuelvan sin falta a la hora del té.

—Sí, mamá; ¡qué buena eres! Un beso y hasta luego —dijo el ñato y simpático Dardo.

Una vez en la plaza, se entretuvieron todos juntos en jugar a la mancha, mientras la niñera tejía sentada en un banco. Al poco rato, los niños ya se sentían rendidos, con las caritas más encarnadas que unas ricas manzanas deliciosas. Sentáronse a descansar, hasta que Rogelio, algo curioso, preguntó:

—Díme, Dardo, ¿es linda tu escuela?

—No sé si es linda; pero me gusta mucho y, mi maestra, es la mejor del mundo. Casi siempre me pellizca los cachetes y dice que no hay quien dibuje mejor que yo las zanahorias y las naranjas.

—¿En qué grado estás?

—¿Yo? En tercero, y Albita en segundo. — ¿Y ustedes?

—Dicen que estamos en cuarto grado; nos enseña una profesora en casa.

—¡Qué adelantados!

—¿No sabes una cosa? Papá nos piensa mandar a Europa para que sepamos bien el inglés, el francés y los buenos modales; pero yo te voy a escribir unas postales desde allá.

—¡Qué lindo debe ser! ¿Irán en un barco?

Se acercó entonces Carlota y, sacudiendo sus rulos tupidos más brillantes que un bronce recién lustrado, dijo:

—... No iremos en un barco chiquito como el de Colón. ¡Qué esperanza! Iremos en un vapor grandote como un palacio, yo creo que le llaman... le llaman... no me acuerdo...

—Transatlántico — concluyó Rogelio.

—¿Qué es un transatlántico? — preguntó Dardo con curiosidad.

—¿No sabes? Yo los he visto; figúrate, es el vapor que cruza el Atlántico, ese océano de aguas verdes y enormes olas blancas — dijo Rogelio.

—¡Qué preciosidad! — exclamó Albita, apretando luego con sus dientes el labio inferior.

—Será una preciosidad, — replicó Carlota — pero a mi me gustaría quedarme aquí, en mi casa. Nos van a encerrar en una escuela más grande que el Congreso.

—¿Los van a encerrar como a los ladrones? — preguntó asustado Dardo.

Los niños se echaron a reír y Carlota agregó:

—No ... no ... no como ladrones, pero parecido. Allí todos se visten iguales, como los presos que se ven en las vistas del Cine, con el mismo traje: un uniforme, eso es. Nos levantamos a un tiempo, nos lavamos a un tiempo, estudiamos a un tiempo, comemos a un tiempo, nos acostamos a un tiempo, cerramos los ojos a un tiempo; pero no nos dormimos a un tiempo, así dice papá.

—¡Qué feo! — exclamó Dardo alzando los brazos — yo no quisiera ser rico, porque me encerrarían como a ustedes y ... ¿para qué? Si a uno le ataca el sarampión, todos caen a un tiempo con el mismo sarampión.

—Es que papá dice que en estas escuelas no enseñan bien y quiere que Rogelio sea un caballero y yo una dama elegante — respondió Carlota.

—¡¡ Qué cosas dicen ustedes!! ¡¡ Parecen cuentos de hadas!! La maestra explica que aquí todos somos iguales porque es una república y sólo llega a valer mucho, el que mucho trabaja. ¿ Así que Albita y yo seremos diferentes a ustedes? — manifestó Dardo, algo tristón, agregando: — Pues Rogelio será un caballero y Carlota una dama elegante.

En eso los niños oyeron la voz de la niñera que los llamaba para retirarse a tomar el té, y todos emprendieron la marcha de regreso a sus casas respectivas.

—Mamá — dijo Albita al entrar. — ¿ Nosotros no llegaremos a ser como los chicos de enfrente: caballero y dama elegante?

—Estoy segura que Rogelio y Carlota han hablado de esas cosas, pues sólo a unos niños de padres con dinero se les puede ocurrir semejante conversación. Escucha: para ser caballero, no es necesario ser rico, ni asistir a escuelas especiales; basta con ser muy aseado en su persona; hablar con toda corrección sin levantar la voz; ser atento con las señoras y las niñas, especialmente con las personas de más edad; saber portarse en la mesa comiendo con toda naturalidad, sin tiesura; disimular, como si no se viesen ni oyesen, los defectos y faltas de los demás; cumplir lo que se promete; saber ganar y perder en los juegos, sin enfadarse jamás, felicitando al contrario si obtiene un triunfo; haber estudiado lo suficiente para conocer los demás países, y así escuchar con interés la conversación de los otros; tener los mismos modales con

los ricos y los pobres, con los amos y los servidores. Esto, difícilmente se aprende en la escuela, lo enseñan los padres, las personas de la familia y el trato de las personas cultas, pues es cosa de todos los minutos en la vida diaria.

—¡Cuánto hay que saber, mamá! ¿Tú crees que Dardo podrá ser un caballero y que Rogelio no aprenderá más que él en Europa?

—Posiblemente, Albita. Si tu hermano es como tu padre, será tan bueno o mejor que Rogelio.

—¡Qué suerte, mamá!

Un buen día, viéronse automóviles y valijas en la puerta de la casa de los niños ricos. Desde entonces, Rogelio y Carlota no se vieron más en la plaza, habían partido en un transatlántico, camino a Europa, con sus padres.

Los pequeños viajeros se sintieron muy contentos los primeros días, pues el inmenso vapor les parecía un palacete de muñecos; pero, al llegar la noche, Carlota recordaba su niñera, sus amiguitas, su linda cama y sus juguetes; más de una vez dejó correr unas lagrimitas saladas que abrillantaban sus ojos pardos, haciéndolos relucir como piedras preciosas.

Al fin llegaron a tierra y concluyeron por hallarse en la gran escuela extranjera que habría de tenerlos encerrados y alejados por varios años de su querida Buenos Aires.

Durante los primeros meses, los niños escribieron a Dardo y a su hermanita; pero, poco a poco, los olvidaron sin darles noticias de cuanto les ocurría.

La postal primera, fué enviada por Carlota:

“Querida Albita: Estoy pupila, rodeada de un centenar de compañeras rarísimas: inglesas, alemanas, indias, americanas y... ¡qué sé yo! ¡Si supieras los papelones que he hecho! El primer día no tomé la sopa, ni el postre, y las demás chicas decían: — ¡Pobre, tendrá vergüenza! — porque has de saber que comemos todas juntas. Al fin ¿sabes por qué no comía? Porque me faltaba cuchara; se habían olvidado de dárme-la y yo no sabía cómo pedir-la en francés. Me pusieron unas botitas muy feas y no podía caminar. ¿Sabes lo que dijeron? — ¡Pobrecita, en la Argentina andar-á descalza! — pues has de saber que to-dos creen que somos salvajes y que los leones andan por la calle. No parece que conozcan a mi patria. Como la postal es muy pequeñita, terminaré por hoy. Recuerdos a tu mamá y a los vecinos. Un abrazo de Carlotita”.

Un mes después escribía Rogelio mandando saludos. Pasaron muchos años y los niños, como ya dije, suspendieron la correspondencia porque cambiaron de casa y de costumbres, y así olvidaron a los ausentes.

Un precioso día de Otoño, Rogelio paseaba por una gran avenida en un brioso caballo. De pronto el animal se asustó y salió como una flecha. El joven creía montar una liebre y ya se veía estrellado contra uno de los tantos automóviles que cruzaban a toda velocidad. De repente, una persona sujetó las riendas, y naturalmente, el animal se detuvo.

—Gracias, mil gracias, caballero,— repuso Rogelio, pálido del susto.

—No es nada, señor, no tiene que agradecer mi intervención, fué casual — le contestó una voz varonil.

El salvador y el salvado se estrecharon las manos mirándose de frente como buenos amigos. Rogelio abrió más y más los ojos, hasta que por fin exclamó:

—¡Pero si eres Dardo! ¡Dardo! ¿Quién olvida tu cara franca una vez que la ha visto?

—¡Rogelio! ¡Rogelio, el chico de enfrente! — respondió el salvador.

Los jóvenes se abrazaron con fuerza, hasta que Rogelio concluyó por decir:

—¿Tú, aquí, en Francia? ¿Cómo has hecho para dejar tus escuelitas en la Argentina? ¿Acaso no eras pobre? Parece que estás muy bien, todo un caballero. ¿Y Albita?

—Ya verás, Rogelio. Lo que tú has conseguido con dinero, yo lo he conseguido con mis adelantos y mi constancia para el trabajo. Era muy pobre. ¿Te acuerdas que mi maestra decía que ninguno dibujaba como yo las zanahorias y las naranjas? Pues tenía razón y eso bastó para que cada día las dibujase mejor. Gané un premio, estudié en la Academia Nacional y el Gobierno me costeó los estudios fuera de mi país. Ya ves que no sólo el dinero paga los viajes y se encarga de fabricar caballeros y damas elegantes. Ahora soy rico, pues basta mi nombre al pie de una pintura para que la paguen como un edificio. Albita llegará de un momento a otro con mamá, para que vean lo que han aprendido en los libros. Estoy de paseo, resido en Italia, por eso y porque no te tomarás la molestia de leer los diarios, no habrás sabido la historia de mi vida. ¿Y ustedes?

—Siempre lo mismo — replicó Rogelio. — No somos ni más ni menos. Creo que el dinero va desapareciendo y... a decir verdad, no sabría trabajar si así lo quisiera.

—Es claro, siempre lo mismo, como las piedras, hasta que se desgastan. Pero ¿no sabes idiomas y la mar de cosas?

—Es cierto; pero no sé más que un poquito de cada cosa. Los maestros no hacían más que darme sermones. ¡Era tan diablo! Carlota anda de fiesta en fiesta.

—Lo creo, pues es una dama elegante, para eso la educaron tus padres. ¿Por qué no vienes a mi departamento o taller provisorio?

Ambos jóvenes siguieron la marcha, y al llegar Rogelio quedó encantado ante algunos de los cuadritos ejecutados por Dardo. Tomó asiento y, mirando fijamente a su amigo, le dijo:

Me siento feliz al saber que mi patria tiene un hijo que hace honor a la Argentina. ¡Quién hubiese dicho, cuando niños, que Dardo, el de la casita modesta, que jugaba en la vereda con su hermana Albita, la del delantal blanco, iba a llamar la atención como artista y... caballero, mucho más que Rogelio y Carlota la del saquito de piel! ¡Rogelio y Carlota que nada hacen por su apellido y su patria más que gastar el dinero en suelo extraño!

—Mi madre siempre lo dijo, amigo mío: no es necesario tener fortuna para merecer el nombre de caballero, ni mucho menos asistir a escuelas especiales para aprender a serlo: eso se logra junto a sus padres hasta en los hogares humildes; basta con estudiar y proceder luego con mucha bondad, ya sea en la escuela argentina como en la mejor escuela del mundo.

Goyo

Goyo recién habría cumplido nueve años. El pequeño residía en Mendoza, en la parte más animada de la ciudad. Goyo calzaba zapatillas agujereadas y lucía unas piernitas desnudas cubiertas hasta las rodillas con un pantalón sin forma. Completaba su miserable traje, una camisa descolorida, que a duras penas cubría su escuálido cuerpo. Sin embargo, se lo veía entrar y salir de una casa enorme, de puerta amplia, de zaguán recubierto de mármol, de patio alegre tupido de elegantes macetas; en fin, una casa paqueta y preciosa. Goyo, tan pobrecito, era el mucamo de la casa. Una mañana, entregado a su trabajo, oyó la voz de su patrona:

—¡¡Goyo!!... ¡¡Goyo!! Apresúrate, se acerca la hora de la misa de once. ¡Goyo! ¿no me respondes? Antes de salir quiero que el zaguán y la vereda brillen como espejos.

—Sí, sí... ya voy... cuando termine de barrer el patio, — contestó el chiquillo.

—¿Con que sí? ¿No te he dicho cien veces que se responde: sí, señora? ¡Ya me tienes cansada! ¡No sé hasta cuándo voy a tolerarte!

Goyo pasó por las habitaciones de la casa como un perrito obediente, oyendo las amenazas de Misia Paula — su patrona, — hasta dejar sobre la mesita de luz de uno de los dormitorios, una bandeja con pasteles. Salió luego en puntillas de pies, para no despertar a la niña Tula que aun dormía, y fué a la cocina para recoger el balde, el trapo, el cepillo y el jabón, a fin de dar cumplimiento al pedido de su ama.

—¿No tomas algo caliente, Goyo?—le preguntó la criada Pola, ofreciéndole un mate.

—No puedo, no puedo, Pola. Hoy es un día de fiesta y hay que tener la casa como una tacita de plata: reluciente, fresca y hermosa.

—Pues bien, cuando se vayan todos a misa, te serviré una taza de mate cocido y unos pasteles de esos que tengo reservados para el Gobernador, — añadió Pola.

—¡Qué ricos! ¡Ui! ¡qué delicia! — exclamó Goyo dejando asomar la lengua al humedecer los labios con la saliva que le llenaba la boca, con sólo pensar en los pastelillos sabrosos que le ofrecía la bondadosa Pola.

Goyo no perdió tiempo: con sus bracitos delicados manejó el cepillo meneándolo de un lado para otro, pasando y repasando los mármoles blancos con más perfección que la de un mucamo entrado en años. Llegó por último a la vereda y, con toda soltura, arrojó unos baldes de agua para barrerla mejor.

En eso estaba, cuando de pronto sonaron las campanas de la iglesia vecina que llamaba a la misa de gran moda: a la misa donde acudirían las señoras y las niñas más lujosas del barrio.

¡Tan... tan... talán... tantán...! ¡¡Tan... tan!! resonó en los oídos de Goyo, advirtiéndole que pronto saldría Misia Paula. Asustado, apresuró el trabajo sin terminarlo con la prolijidad que hubiese deseado.

Efectivamente, apareció en el patio la dueña de casa con su hijita Tula, encaminándose, con aire de reina, hacia el zaguán de la casa.

De pronto, se detuvo para abrocharse los guantes y al no acertar, dijo:

—Tula, espera, no salgas todavía. Abróchame el guante; entre el rosario, el abanico y el libro de misa, no puedo arreglarme.

—Bien, mamá, — respondió Tula, a tiempo que resbalaba sobre las baldosas húmedas, yendo a caer sobre Misia Paula. Esta, al recibir el choque, cayó de bruces, desplomándose sobre la pequeñuela. ¡Adiós abanico, libros de misas, rosarios, carteras, sombreros y peinetas! Todo se desparramó sobre el piso.

—¡Hija querida! ¡Te habré aplastado como a un bicho! ¡Socorro! ¿Te has lastimado? — exclamaba la orgullosa señora, levantándose con cuidado para no hacer daño a la niña.

Tula no se movió: parecía dormir. Goyo se acercó a su amita con los ojos muy abiertos, temblando de pie a cabeza.

Al sentir los lamentos de la patrona, la criada Pola corrió en su ayuda, levantando en brazos a la niña para acomodarla sobre el sofá más próximo.

—Pronto, un médico. Llamen al doctor Moral — decía la mamá al ver a unos vecinos que se acercaban para enterarse de lo ocurrido.

Mientras tanto, Goyo había salido de la casa como una flecha llevándose todo por delante.

Pola atendía a la enfermita con paños de agua Colonia y Misia Paula se retorció las manos con desesperación diciendo:

—¿Dónde está Goyo? Que venga... pronto, pronto...

—Señora, no lo he visto — contestó Pola.

—Véte, tráemelo. Goyo es el único culpable de lo que pasa. ¡Ya las pagará! ¡Si hubiese secado el patio no nos hubiésemos caído, aparte de que hemos perdido la misa. ¿Y el médico? ¿Por qué demora? ¡Es horrible! ¡Pobre Tula!

En eso estaban cuando apareció el doctor Moral.

—Buenos días. Aquí me tienen. ¿Qué pasa? Veamos a la enferma. No es nada, un golpecito en la frente y un buen susto. Ya pasará... — agregó examinando a la niña.

En efecto, Tula abrió los ojos y, mirando en derredor dijo:

—¿Qué sucede?

—Un golpe, ricura. Ya estás perfectamente bien. No te muevas, descansa unas horas y luego te sentirás más fresca que un pimpollo de rosa al amanecer, — replicó el médico acariciándola. Luego, dirigióse a la madre, y con cierta curiosidad le preguntó:

—¿Podría saber cómo han caído las dos? ¡Vaya una casualidad!

—¡Ah, doctor!... fué algo espantoso... los sirvientes tienen siempre la culpa. Figúrese: el mucamito que trajimos de aquel rancho abandonado, para educarlo y alimentarlo, ha resultado un forajido.

—¿ Un forajido? ¿ Sabe Vd. lo que dice?

—Sí, doctor, como lo oye: un forajido — añadió Misia Paula, enfurecida.

—Mamá siempre llama forajidos a los hombres pobres y a los sirvientes. ¿ Por qué, doctor? — preguntó Tulita.

—Tu mamá tal vez no sepa lo que quiere decir forajido, — dijo el médico.

—Y ¿ qué es un forajido?

—Un forajido se le llama al que ha cometido una falta muy grave y sigue siendo malvado al ser perseguido por la justicia.

—Entonces, doctor... ¿ por qué llaman forajido a Goyo? — volvió a preguntar Tula.

—¡ Ah, niña! ¡ qué buena eres! Tienes razón, Goyo no puede llevar ese nombre.

Pola apareció inesperadamente, exclamando:

¡ Señora! Señora... no encuentro a Goyo ¿ Habrá fugado? ¿ Tendrá miedo que lo castiguen?

—¿ Con qué pensaba Vd. castigarlo? — preguntó el médico a Misia Paula.

—¿ Castigarlo? Pero no ve que es un malvado y un forajido. Lo dejaré sin pan, pues ya sé que le gusta muchísimo. Fuera de eso no saldrá a la calle por un mes y, si me encuentro con fuerza, lo azotaré — agregó la patrona.

—No, mamá, no lo azotarás. Te lo pido por lo que más quieres mamita. Pones una cara muy fea cuando te enojas: abres los ojos, te enrojeces, chillas y pareces la bruja perversa de los cuentos. No, mamá, yo no puedo oír los quejidos de Goyo sin llorar también. ¡ Es tan pe-

queñito! El almacenero dice que es un ratoncito hambriento ¡pobrecito! — dijo Tula desde su lecho.

—Calla... tú no sabes lo que merece ese ratonzuelo —agregó la mamá.

—En verdad — replicó el médico — tal vez Goyo sea culpable del golpe como Vd. dice; pero tenga en cuenta que ha corrido diez cuadras sin detenerse para ir en busca mía para salvar a Tula; y, al no encontrarme en mi casa, volvió a correr hasta dar conmigo en la confitería donde acostumbro a tomar un café con mis amigos los días de fiesta.

—¿Es posible? ¿De manera que fué Goyo quien lo trajo? Creí que algún vecino comedido.

—Sí, señora, fué Goyo quien se arrodilló ante mí en la confitería de más lujo, y ya casi sin aliento imploraba desesperadamente: “Doctor... pronto... corra... fuí yo... no sequé bien las baldosas porque oí las campanas... ¡Piedad! ¡Me arrojarán de la casa! Yo quiero a la niña. ¿Quién la servirá como yo? ¡Salve a la Señorita Tula!” — Entonces tomé a Goyo en mis brazos y descubrí por sus ojos que era una criatura buena: sufría, su dolor era intenso, sus lágrimas hicieron correr las mías. ¡Tan pequeñito! ¡tan débil! ¡tan leal y cariñoso!

—Pero, doctor, eso es imperdonable... ¿dónde está ese pillete? ¡Qué vergüenza! Presentarse así en la confitería de lujo... ¡Qué audaz! ¡con ese traje!

—Mamá, no te enojés, no se lo reproches. Tú misma no lo dejas vestir mejor cuando hace la limpieza y, como siempre está de limpieza, no alcanza a presentarse como un niño.

—¿ Como un niño? Pero, Tula, si Goyo no podrá ser un niño jamás — agregó Misia Paula. — Es un pillete, un inútil y un desobediente miserable.

—¿ Lo dice Vd. en verdad? — se atrevió a preguntar el doctor Moral, agregando:

—Si es así, me llevaré a Goyo, para corregirlo o hacerme cargo de sus picardías; casualmente, necesito un ayudante.

—¡ Doctor, doctor! ¡ Acérquese! — exclamó Tula. — Déjeme que lo bese. Lléveselo a Goyo para que no lo maltraten aquí. Déjelo jugar un poquito, déjelo comer pasteles, vístalo como a un niño de los que dice mamá, como esos de las familias a la moda.

Al oír esto, el médico dejó que sus ojos se llenaran de lágrimas y con voz entrecortada dijo:

—¡ Cuánto agradezco tu beso, Tula!; Felices las niñas que piensan como tú! ¡ Felices las que no olvidan que los chiquillos deben jugar y alimentarse bien!

Misia Paula no supo qué responder y salió en busca de Goyo; pero ¡cuál no sería su sorpresa al encontrarlo tendido en el suelo sin señales de despertar! Lo sacudió y, al notar que no se movía, lo levantó en sus brazos llevándolo hasta su dormitorio, donde lo dejó sobre un canapé. De inmediato corrió en busca del médico.

—Doctor, parece que Goyo está enfermo.

—¿ Qué dice? allá voy.

Lo primero que hizo el médico fué pedir un vaso de leche caliente para reanimarlo. El pequeñuelo abrió los ojos, pero no se atrevía a hablar. El caso es que el buen doctor Moral, al notar que no mejoraba y que la fiebre aumentaba, resolvió llevarlo a su casa.

—Pero... ¿qué hace Vd.? Bien puedo cuidarlo con ayuda de Pola — dijo, algo contrariada, Misia Paula.

—No, señora. Me gustaría darle a este niño un lugar como el mío en el mundo y para esto necesito fortalecerlo ante todo.

La señora no se opuso y dejó que el doctor Moral llevase al chiquillo enfermo, murmurando:

—Ya pronto se cansará y volverá a entregármelo.

Una vez repuesto de sus sufrimientos, Goyo fué internado en una escuela, donde mereció elogios por su amor al estudio y más aún por su bondad.

Llegó a ser un hombrecito simpático y se propuso ayudar al doctor Moral, que ya envejecía; le suplicó que le dejase ingresar a la Universidad y así fué como prosiguió sus estudios hasta conseguir el título de doctor en medicina.

Un día, al pasar por el caserón de Misia Paula se detuvo con la vista fija en las brillantes baldosas del zaguán y, sin querer, habló con ellas:

—Blancas y relucientes, siempre hermosas.... a ustedes, baldosas, debo mi carrera y cuanto he ganado en la vida...

Volvióse, y sus ojos encontraron los de una joven muy bonita. Al punto la reconoció, exclamando:

—¡Tula!... ¡Niña Tula!

—La misma, Goyo; pero no fueron las baldosas las que te llevaron de casa, fué tu corazón. Corriste para salvarme, hablaste con tanto dolor, que el doctor Moral descubrió tu bondad y quiso que fueses su hijo.

—De cualquier manera, Tula, he sabido portarme lo mejor posible y ahora desearía saludar a Misia Paula,

que fué la primera en arrancarme del rancho abandonado en que vivía cuando chiquillo.

—¡Mamá, mamá! ¡Aquí está Goyo! — exclamó Tula entrando en la casa a tiempo que salía una anciana. — Mamá — prosiguió. — Aquí tienes a Goyo. Ya no es un niño, y ya que tú no querías que fuese niño, lo tienes hecho un hombre y un doctor, por añadidura.

—Ven, Goyo, abrázame — dijo la anciana, sollozando. — Fuí muy severa contigo, pero no creía que eras como las demás criaturas, te trataba como una máquina, se me ocurría que si no te manejaba, no servirías para nada. Me había equivocado y ¿quién no se equivoca en la vida? Lo más triste es que aun hay muchas damas que están equivocadas. ¿Cómo sacarlas del error? Escucha Goyo: aquí tienes una casa llena de tristes recuerdos. Una parte de mi fortuna es tuya y voy a entregártela para que protejas a los niños que trabajan: hoy para mí, todos son niños.

El doctor Goyo abrazó a Misia Paula y le dió las gracias.

Cuentan que hoy viven felices en la casa enorme de zaguán recubierto de mármol: Misia Paula, Tula, el doctor Moral y el doctor Goyo.



Las coronitas de jazmín del país

En lo de Misia Jacinta del Pilar de Oro estaban de fiesta; su hijita Lili Blonda cumplía once años. ¿Cómo no festejarlo? ¡Era tan buena, tan tímida, tan estudiosa y tan linda!

Después del mediodía empezaron a llegar las invitadas: unas en automóvil, otras en tranvía y, las menos, a pie. En la gran quinta de Barracas, había lugar para todas y, como los dueños de casa tenían mucho dinero, lo gastaban con gusto cuando de su nena se trataba.

Misia Jacinta del Pilar de Oro no sólo quería que Lili Blonda estuviese contenta, sino también todas las niñas que la conocían; y así, la quinta llegó a parecer una gran plaza en un día de fiesta y de sol. ¡Tantas cabecitas rubias y morenas, tantos trajecitos de vistosos colores y tantas vocecitas de cristalino sonar!

Entre las invitadas descubriánse dos pequeñuelas de ojos despiertos que permanecían muy juiciosas junto a una gran magnolia. Todo era lujo en derredor, y ellas, Maridulce y Diana Luz, sentíanse extrañas en ese lugar. La casualidad hizo que Misia Jacinta del Pilar de Oro encontrase a la mamá de las niñas pidiéndole que las mandase a la fiesta.

Y así, Maridulce y Diana Luz se encontraron en aquel laberinto de niñas bonitas elegantemente vestidas. Ellas, con sus trajecitos de algodón a cuadros rojos y azules, sus cuellitos de clarín planchado, sus medias cortas y sus zapatos de hule negro, brillaban por su limpieza y arreglo, pero no por el costo de su ropa. ¿Qué más podía hacer la mamá? Era una modista del barrio que a duras penas ganaba para sostener la casa.

Allí estaban las dos rubitas como dos muñecas, hasta que una voz las hizo mover:

—Pronto, pasen todas al comedor.

Poco a poco, en medio de la algazara, fueron desapareciendo las niñas. Maridulce y Diana Luz siguieron a las últimas, hasta hallarse en un lujoso comedor lleno de luces y flores, en medio del cual sobresalía una mesa enorme cubierta de bombones y masitas.

Las dueñas de casa, algunas señoras y las mucamas, hicieron tomar asiento a todas las nenas, dándoles un puesto, a las hijas de la modista.

—¿Qué quieren ustedes? ¿Té o chocolate?

—Gracias, señora. No se moleste, lo que esté a su alcance — respondió Maridulce.

—¿Y tú? — preguntó la mucama a Diana Luz.

—Lo que tomen las demás. Es tan lindo lo que veo, que todo me gusta.

Y así recibieron una porción sin atreverse a pedir más. En cambio, las otras chiquillas extendían los brazos para dar con las bomboneras que, entre risa y risa, pasaban de un lado para otro.

De ahí, fueron a una gran sala, donde Misia Jacinta del Pilar de Oro, les dijo:

—Ahora, lucirán sus habilidades: bailarán, declararán, jugarán, tocarán el piano, cantarán... y... nosotras, las señoras, nos retiraremos para que se diviertan a solas. Hasta luego, pues.

—¡Que diga un verso Lili Blonda! — exclamó una de las primas.

—Sí, sí, sí, que lo recite — repitieron varias a la vez.

Lili Blonda, con su negra cabecita de porteña coqueta y feliz, sonrió, dejando lucir dos oyuelos y unos lindos ojos negros, llenos de brillo y de luz. Se adelantó al centro de la sala donde todas pudieron admirar su trajecito de seda rosa y de falda larga, cubierta de voladitos. No era una niña, era un manojo de mosquetas que parecían estar prontas a deshojarse al primer soplo. Y... poco le faltó.

Ricardo, uno de sus primos, de esos primos que nunca faltan: travieso y aguafiestas, tenía pronta una sorpresa, o mejor dicho, una picardía.

Lili Blonda sentía un miedo espantoso por los bichos y Ricardo lo sabía. Si tropezaba con una langosta y la veía saltar, temblaba horrorizada, concluyendo por lanzar un grito; si veía una araña, se prendía de la primer persona que encontraba, acabando en un llanto, y así, con las orugas y las abejas.

¡Pobre Lili Blonda! Solamente su mamá la consolaba, los demás no la entendían y se burlaban de ella. No podía remediarlo; se asustaba al encuentro de los insectos, por inofensivos que fueran. Su primo Ricardo se divertía ante sus gritos de espanto.

En medio del mayor silencio, Lili Blonda se disponía a declamar una conocida poesía argentina. Cuando su vocecita encantadora iba a dar comienzo...

— ¡¡ Ay, ay, ay!! ¡ Socorro! ¡ Una laucha! ¡ Un ratón!
— exclamó Ricardo corriendo de un lado para otro.

Efectivamente, por el suelo se deslizaban unos ratoncitos. Espantadas como pajarillos en jaula recién abierta corrieron las niñas en busca de las puertas, mientras Lili Blonda, pálida y temblorosa, sin dar un paso siquiera, iba a caer al suelo, presa del gran susto. Sintió entonces que unos bracitos delicados la sostenían y una voz clara la animaba diciéndole:

— ¡ No es nada! Ven, salta sobre un sillón, ánimo, estamos nosotras para espantar a las lauchas.

Sin saber cómo, Maridulce, Diana Luz y Lili Blonda se encontraron a salvo en un abrir y cerrar de ojos, sobre el antiguo y enorme sofá.

Todo fué tan rápido como la luz de un relámpago. Hizo entonces entrada a la sala Misia Jacinta del Pilar de Oro con algunas señoras que, asombradas, hallaron a las tres pequeñuelas con los vestidos recogidos, los pies juntos y el cuerpo hacia adelante con las bocas entreabiertas y los ojos espantados mirando a dos ratoncitos que, en medio del salón, ya no se movían.

— ¿ Qué ha pasado? — preguntó la dueña de casa.

— Señora, parece que hay unas lauchas por ahí — contestó Maridulce — ¿ No las ve? ¡ Cuidado... las va a pisar!

Misia Jacinta del Pilar de Oro se fué acercando y descubrió, en verdad, dos ratoncitos de juguete, bien

imitados por cierto, que habrían corrido a fuerza de cuerda.

—¡Ja, ja, ja! — se oyó detrás de una cortina. Todos miraron a ese lado, descubriendo a Ricardo.

—Eres tú — dijo la dueña de casa.

—Sí, tía ¿no me ve? Soy yo. Lo hice para asustar a las chicas y... ¡qué chasco se han llevado! ¿No le parece muy divertido?

—Ven acá y quédate a mi lado — dijo la buena señora.

Al punto fueron llegando las niñas y, con cierta curiosidad, se acercaban a los ratoncitos de mentirijillas, mientras Maridulce, Diana Luz y Lili Blonda se mantenían sobre el sofá. En eso, la del mayor susto, Lili Blonda, se echó a llorar sin consuelo. Sus buenas amiguitas la sentaron acariciándola con toda suavidad.

—No es nada, Lili Blonda... ya verás que no fué más que una jugarreta de Ricardo para divertirnos tal vez. Seca tus lágrimas. Ven, vamos a lavar esa carita de muñeca y quedará más linda que las flores después de un aguacero. Olvídate de la broma... Así hablaba Diana Luz mientras Maridulce sonreía mirándola con cariño.

Misia Jacinta del Pilar de Oro observó, naturalmente, a las niñas que hasta entonces habían estado tan apartadas y, al notar que no se ocupaban de lo que pasaba en derredor por el afán de consolar a Lili Blonda, preguntó en alta voz:

—¿Quién de ustedes podría explicarme lo ocurrido? Tal vez Ricardo. Me parece que es el único que ha visto desde el principio hasta el fin todo lo que ha pasado en la sala.

—Sí, tía — replicó el niño. — Traje dos ratoncitos en el bolsillo y, cuando Lili Blonda pasó al centro para declamar, les dí cuerda y los dejé en el suelo. ¡Hubiese visto la cara de las chicas! Se escaparon como abejas asustadas... Pero aquí hay dos porteñas valientes como aquellas mujeres de que habla siempre mi abuela, como aquellas de los tiempos viejos. Esas han protegido hoy a Lili Blonda, esas son las que todavía están a su lado. ¿No las ve?—agregó el niño—señalando a las hijitas de la modista del barrio.

Lili Blonda se sentía más animada y sonreía al escuchar a su primo.

Misia Jacinta del Pilar de Oro tomó la palabra entonces y dijo a las minúsculas invitadas:

—Ricardo es muy travieso, pero no es malo, pues no se aparta de la verdad. Yo creo que lo ha hecho para divertirlos. En todo caso no debe olvidar que un niño así, si llega a ser hombre, será considerado como un cobarde, desde que se divierte asustando a las niñas. Maridulce y Diana Luz se han olvidado de ellas mismas en un momento, por atender a Lili Blonda; lo que quiere decir: primero, que saben portarse como niñas educadas ocupándose de la dueña de casa ante todo, probando desde luego que son capaces de ocupar el primer lugar, no sólo en una sala modesta, sino en la más lujosa del mundo. Segundo, que son valientes y buenas amigas, pues sin consultar a los demás, han consolado a la más atemorizada del grupo, a mi hijita Lili Blonda. Ahora un aplauso para Maridulce y Diana Luz.

Todas las niñas aplaudieron largo rato a las dos pequeñuelas y Misia Jacinta del Pilar de Oro se retiró,

dejando de nuevo solas a las invitadas para que se divirtieran a gusto. Pasaron los minutos y apareció Ricardo con dos coronitas de jazmín del país. Con su voz de oficial en miniatura exclamó:

—¡Silencio! — Las niñas se hicieron a un lado y Ricardo, con paso firme y carita risueña, se dirigió a las hijitas de la modista, diciéndoles:

—Voy a coronar a las dos reinas de la fiesta.

Maridulce y Diana Luz bajaron los ojos, enrojeciendo de pronto, mientras sus dedos inquietos arrugaban las faldas de sus trajecitos de algodón a cuadros rojos y azules. Sintiéronse avergonzadas ante las miradas de tanta niña elegante, que por un momento habían olvidado.

Ricardo colocó las coronas sobre las dos cabecitas encantadoras, a tiempo que todas las chiquillas reían y batían palmas entusiasmadas.

Lilí Blonda corrió, y después de besar a Ricardo, abrazó a las dos coronadas, diciendo:

—¡Ah, qué buenas y qué lindas son ustedes! Esto es lo que más me ha gustado en el día de mi cumpleaños; parece una función de teatro; pero no se quiten las coronitas hasta que las vea su mamá. ¡Qué contenta va a sentirse!

—Muchas gracias. — atinó a decir Diana Luz. Ambas dejaron ver entonces sus ojos llenos de lágrimas, sin saber qué decir.

—¿Por qué lloran? — preguntó Ricardo. ¿Acaso les he hecho daño? ¿No están contentas?

—Sí, Ricardo—contestó acercándose Misia Jacinta del Pilar de Oro. Están muy contentas. Los niños muy

ricos, los niños como ustedes que poseen todo lo que desean, que andan de fiesta en fiesta, de confitería en confitería, de juguetería en juguetería, no saben lo que son lágrimas de gozo, no saben llorar más que cuando se les niega algo, cuando se los amonesta por un capricho, cuando sufren dolor; pero los niños de los empleados y obreros pobres que ganan sólo para conseguir lo más necesario, como la vivienda, la alimentación y la ropa, saben llorar también de alegría, saben derramar lágrimas transparentes y puras, que suben del corazón para inundar los ojos. La sonrisa no basta cuando se siente un gran contento y, mucho menos, cuando llega una alegría inesperada, como la que ha sorprendido a Maridulce y a Diana Luz.—Los niños callaron y comenzó el desbando, pues ya entraba la noche.

Lilí Blonda detuvo a las bondadosas hijitas de la modista, hasta que todas las invitadas se hubieron despedido y luego las mandó a su casa con una de las mullidas cargada con dulces para la mamá.

Mucha fué la alegría de la modista al ver a sus hijitas y encontrarlas más bonitas.

—¡Qué lindas están! ¿Será porque las quiero mucho? ¿Han jugado a las flores? ¿Quién las habrá adornado con esas coronitas tan fragantes y tan delicadas?

Las niñas se miraron sin responder, ruborizándose al recordar lo ocurrido.

—¿Qué les pasa? ¿Están tristes?

Maridulce, por toda respuesta, abrazó a su mamá, añadiendo luego:

—Yo no puedo contarle... ¡es tan difícil! Tal vez Diana Luz pueda hacerlo, en todo caso, ayudaré.

La niña refirió entonces la picardía de Ricardo, el susto de Lili Blonda y todo lo demás.

—Pues bien, las felicito. Estas coronitas las conservaré como el mejor recuerdo de la buena conducta observada por mis hijas.

—Y para nosotras, mamá — añadió Maridulce — será sin duda, el mejor recuerdo de la gran fiesta en la quinta de la buena Misia Jacinta del Pilar de Oro.



Los bichos de cesto

—Alguien llama — dice para sí Don Melitón, el quintero laborioso del Doctor Lucio, al oír el tan-tan de la campana del portón y el gua-gua de los perros. Fija la vista y, tras los barrotes de la reja, descubre a un pequeño sonriente de ocho a diez años.

—¿Qué quieres? ¿Por qué llamas con tanto apremio?

—Una monedita... tengo hambre — contesta con voz de mando el chiquillo.

—Vaya, pues ¿por eso alborotas? Si aguardas, encontraré algo para tí. ¿Estás de prisa? ¿Volverás a tu casa?

—¿Yo? ¿de prisa? No me apuro por nadie. Soy muy pobre, pido limosna y si me sobran moneditas se las llevo a mi abuela.

—Pues buena cara tienes. Ya que te sobra el tiempo, se me ocurre una idea: voy a protegerte y podrás llevar dinero a tu casa. Además, te serviremos una buena comida.

—Muy bien; vengan las moneditas y la comida.

—Es el caso que has de ayudarme primero a limpiar los árboles. Están tupidos de bichos de cesto y hay

que arrancarlos uno por uno. Eres pequeñito y no te costará treparte a las ramas. Por cada balde lleno de bichos te daré veinte centavos para empezar.

—Dígame: ¿usted está loco? ¿Trabajar yo? ¿Para qué? De todas maneras he de conseguir monedas... terminó por decir el pedigüeño, emprendiendo la marcha a través de los caminos del pintoresco pueblo de Ran-rán.

Don Melitón bajó la cabeza, se la rascó luego con aire pensativo y concluyó por decir: —¡Pobrecito! ¡Cuántos hay como él! A mi trabajo, pues.

Los perros, también cabizbajos, se echaron con desgano sobre el césped donde daba de lleno el sol y entrecerraron sus ojos lánguidos a la espera de un nuevo llamado.

No había pasado media hora y otra vez: tan-tan... gua-gua, por repetidas veces.

Don Melitón volvió a dejar la pala y se encaminó a preguntar:

—¿Quién es? ¿Qué desea? — a tiempo que descubría una carita lánguida y pálida entre mechones de cabello rubio.

—Algo, señor... algo para comer o vestirme, sufro de hambre y de frío.

—¡Tan chiquilla! ¿Cómo te atreves a mendigar?

—No, señor, ya voy a cumplir once años, soy bajita, pero también soy la mayor de mi casa.

—¿Con que tienes casa?

—Digo, mi casa... no es casa... es un cuarto con paredes de latón y restos de cajones.

—¿Con quién vives?

—Con mi abuela y mi hermano Panchito.

—Entra, picaruela, te daremos un panecillo y algo para que te caliente el estómago.

—Gracias, señor; pero tengo miedo a los perros. ¡Qué linda quinta! Dígame ¿no podría ayudar a la señora y ganar así unos centavitos? ¡Cuánto me gustaría!

—Encantado — añadió Don Melitón — Ya buscaré algo para entretenerte. ¿Y tu hermano?

—Mi hermano salió más temprano. ¿No lo vió usted? Marchaba delante mío... a veces se pierde y no lo veo en todo el día; es un diablillo.

—Ven, querida, pasa por aquí. Lorenza, mi mujer, te servirá un caldito y unas empanadas.

—¡Qué bueno es usted!

—¿Bueno? No lo creas: tú pagarás el almuerzo ayudándonos, pues al patrón no le gustan los perezosos.

Llegaron a la cocina y Doña Lorenza sirvió a la niña como si se tratase de una princesita.

—¿Cómo te llamas? — le preguntó.

—Pastora, para servir a Vd. Perdí a mis padres cuando contaba sólo tres años. Y desde entonces estoy con mi abuela enferma. Mi hermano Panchito y yo, llevamos algo todos los días, y así nos arreglamos. Pero dígame ¿qué debo hacer?

—Espera, le preguntaré al quintero que te trajo hasta aquí.

—¡Ay... qué bueno parece! y.. ¿qué dirán los patronos?

—Nada. El doctor Lucio está solo y quiere mucho a las nenas. ¡Melitón! ¡Melitón! — exclamó Lorenza llamando a su marido.

—¿Qué quieres?

—¿Qué podría hacer Pastora?

—Pues ya lo sabes: arrancar los bichos de cesto.

—¡Qué maravilla!

Pastora se enderezó a un aroma de tronco añoso y con la ligereza de un mono llegó a instalarse sobre una rama alta emprendiéndola contra los bichos de cesto. Al poco rato, bajaba riendo y satisfecha con el balde a medio llenar.

—¡Don Melitón, Don Melitón! Mire cuánto he limpiado... ¿no me he portado bien? Las ramas están peladitas. ¿A dónde me trepo ahora?

—Muy bien, Pastora, vete al camino de los duraznos.

Entre saltos y piruetas, la niña despojó a los árboles de la plaga que los atormentaba y así se ganó un buen café con leche y unas cuantas monedas. Dió las gracias y las buenas tardes, prometiendo volver al día siguiente.

—Me voy,—añadió—porque debo cebar mate a mi abuelita. Compraré yerba, azúcar, leche y pan blanco. ¡Qué suerte!

Al llegar a su vivienda, Pastora entró saltando a los gritos de: —¡Abuela! ¡Abuela, ya somos ricos!

—Acércate Pastorita. ¡Qué encantadora eres! ¿Has hallado un tesoro?

—Sí, abuela; el tesoro que usted siempre me recomendó: un empleo, es decir, una tarea a cambio de unos centavos.

Luego, Pastorita relató a la anciana lo que le había ocurrido en la quinta de Don Lucio.

—Escúchame — dijo la abuela acariciándola.— Ahora que has encontrado quien te ampare debo hacerte

una confesión. Nosotros huímos de España. Tus padres salieron primero, pues eran personas acaudaladas.

—¿Qué quiere decir acaudaladas, abuela?

—Ricos, opulentos, que cuentan con dinero o cosas de gran valor. Pues bien, tuvieron que dejar sus riquezas y emprender viaje a países lejanos. El vapor que los conducía se hundió, naufragó y cuentan que todos desaparecieron. Yo los seguí con Vds. en otro barco y, cuando llegué a esta tierra, me enfermé. Vendí mis joyas para sostenerlos; pero aun me quedan los papeles que certifican quienes son mis nietos. Te los voy a entregar, Pastora, cuídalos y puede ser que algún día recobres tus propiedades. Debes conservarte buena, trata de leer mucho y con lo poco que te he enseñado, te bastará, pues la lectura es la mejor maestra. No te desalientes y, si haces lo que te aconsejo, llegarás a ser querida por cuantos te rodean. ¿Qué más puedes desear?

—Sí, abuela, se lo prometo. ¿Qué será de Panchito? ¡Es tan desobediente!

—Verdad... no le relates la historia de tus padres, porque ya se creará dueño de España y seguirá siendo más perezoso aún.

Abuela y nieta se besaron y entre los harapos que las cubrían quedaron dormidas soñando con palacios y princesas.

Al día siguiente, Pastora se arregló lo mejor que pudo y salió cantando, camino a su trabajo.

Para esto, tomó un lado de la vía del tren, pues debía marchar de un pueblo a otro. Después de unos minutos, tropezó con algo y... ¡cual no sería su asombro

al descubrir a Panchito! Lo hizo a un lado, y éste al sentirse molestado, abrió los ojos, gritando:

—¿Qué hay? ¡Déjame en paz!

—Panchito, soy yo, tu hermana. ¿Cómo puedes permanecer aquí tirado? Véte a ayudar a la abuela.

—¿Por qué no vas tú?

—Porque ahora trabajo.

—Díme ¿te has enloquecido?

—No... voy a limpiar las plantas de una quinta.

—¡Ah! ¡Ya sé! Una gente aprovechadora, la única que ofrece monedas a cambio de nuestro trabajo. Deben ser ricos...

—Pero, Panchito ¿no te da vergüenza? ¡Pedir limosna! Cuando seas mayor ¡cómo te lo reprocharás! Tú eres el hombre de la casa, debías ampararme o por lo menos, no desanimarme.

—Soy un chiquillo; ¿en qué quieres que trabaje?

—Pues, ... vendedor de diarios o de fruta, mensajero, ascensorista, porterito, lustrador de botines... hay trabajo para todos.

—Será cierto, pero así estoy muy contento, soy libre como los pájaros.

—Dice abuela que la pereza nos quita la salud. Te vas a enfermar, Panchito; además, la haraganería nos lleva a proceder mal haciéndonos perder la vergüenza y el que no tiene vergüenza es un.....

—Sí, ya lo sé. Véte a trabajar y a dar lecciones a otra parte.

Pastora suspiró y siguió la marcha. Al llegar al portoncito deseado, hizo sonar la campana, a la que respondieron los perros con sus ladridos. Esta vez, acom-

pañaba a Don Melitón, un joven elegante, de semblante risueño.

—Ahí está la pequeñuela de quien le hablé, doctor.

—Pronto, abre; estoy deseando verla. ¿Pastora, eres tú Pastora?

—Sí, señor, soy Pastora de Castilla, para lo que guste mandar. Además, tengo otro apellido: pero mi abuela no quiere que lo manifieste aún.

—¿Serás por ventura Pastorita Lucio? Ven, mírame — añadió el dueño de casa arrodillándose para contemplar de frente los ojos de la niña. No bien lo hubo hecho, la levantó en sus brazos y, cubriéndola de besos, exclamó:

—¡Mi sobrina! Pastora, soy tu tío; llegué de España para dar a mis sobrinos lo que les corresponde. Entremos, pronto; Melitón, sírvele de cuanto hay en la casa. ¡En esta tierra! ¡Qué suerte! Los he buscado por Asia, por Africa, por todas partes. Y así diciendo, la llevó hasta el lujoso comedor. Después que la hubo acomodado sobre un sofá, la cubrió con una manta rogándole que le contase todo lo que sabía acerca de su vida. Como Pastora conocía su historia, la refirió con toda sencillez.

Entre besos y abrazos, el tío ordenó que preparasen el automóvil para salir en busca de la abuela y de Panchito. Se encaminó a la pobre vivienda, donde con gran sorpresa encontró a la anciana y al niño en la mayor miseria.

Como estaban, los obligó a subir al coche para conducirlos lo más pronto a su quinta. Al acercarse al portón, Panchito, con el rostro rojo de vergüenza — pues aun no

la había perdido — trataba de ocultarse para que no lo viese Don Melitón. Pastora, con los ojos brillantes, se empinaba ansiosa, feliz al encontrarse frente al quintero. Al descender del automóvil, Panchito retrocedió.

— ¡Adelante, muchachos! ¿no saben que están en su casa? — exclamó el tío. — ¿Qué te pasa? ¿Por qué tan vergonzoso, Panchito? ¿No ves cómo Pastora sonrío a los perros?

En eso se acercó Don Melitón y reconociendo al niño, dijo:

— ¿Con que... tú? Tú... ¿hermano de la Señorita Pastora?

Tanta fué la vergüenza de Panchito, que se echó a llorar de miedo a que el quintero contase que había rechazado el trabajo que se le ofrecía a cambio de unas monedas. Panchito sabía que había procedido mal, así es que pronto se corregiría.

Como Don Melitón era muy bueno, lo acarició, animándolo a que pasase adelante. Fué necesario entonces que entre Pastora y Panchito relatasen al tío la historia de los bichos de cesto.

El doctor Lucio se echó a reír y tomando a los niños sobre sus rodillas, dijo:

— ¡Cuánto me alegro haberlos encontrado a tiempo! Y tú, Panchito, te habrás dado cuenta que, el que procede mal, llega un momento que quiere esconderse, pues se siente pequeñito, tonto y feo; en cambio, el bueno, puede marchar adelante; no tiene por qué avergonzarse, nadie podrá acusarlo. Dime, Panchito ¿quieres seguir vagando sin preocuparte de tu abuela y de tu hermana? El malo, puede corregirse...

—Sí, tío... me corregiré.

—Pues desde mañana te levantarás a las seis y ayudarás a Don Melitón a terminar con los bichos de cesto.

—¿Y yo también? ¿Verdad? — preguntó Pastora.

—Cuando gustes, querida — replicó el doctor Lucio. La quinta es ahora la más alegre y la más hermosa del pueblo. ¿Cómo no ha de serlo?

Tiene a su favor la laboriosidad de Don Melitón, la generosidad de Doña Lorenza, la tranquilidad del doctor Lucio, los consejos de la abuela, la promesa del arrepentido Panchito y la luz de los ojazos tristes de la delicada, buena y hacendosa Pastorita.



La fea y las lindas

Macedonia andaba de acá para allá desde las primeras horas de la mañana hasta muy entrada la noche, mientras la dueña de casa no hacía más que regañarla.

Y así corrían los días para la sirvientita de Doña Bruna.

Una mañana volvía de la feria con su patrona, cargada con una canasta en forma de bolso, repleta de carne y de verduras, donde asomaban unos cuantos huevos.

Macedonia se detenía a ratos, pasando la canasta de una mano a la otra, pues sus bracitos doloridos por el peso a duras penas sostenían aquel cargamento.

—¡Cuidado con los huevos! ¡Pobre de tí, si se cae uno solo! — decía Doña Bruna a cada cambio de mano.

Ya llegaban a su casa, cuando una sonrisa se dibujó en la carita de la niña, al descubrir a su amiga Sofita, que parecía salirse de uno de los balcones de su casa.

Sofita era una pequeñuela mimada que como vecina algunas veces conversaba con ella por la ventana del fondo.

Faltaban unos pasos, cuando Macedonia desvió la mirada fijándola en la vereda de enfrente donde dirigía la suya su amiga Sofita. ¡Qué horror! Macedonia no hizo más que dejar la canasta y corriendo cruzó la calle sin acordarse de Doña Bruna.

—¡El perrito, el pobre perrito de la abuela! — decía la niña.

Efectivamente, por fuera de la reja de un balcón bajo, colgaba un perrito blanco y lanudo, sujeto por una cadena. El animal sacudía las patas, y, con la lengua afuera, hacía esfuerzos por hacer pie contra la pared o contra el suelo, sin alcanzar ni una cosa ni la otra.

Sin titubear, Macedonia tomó al perrito en sus manos colocándolo de nuevo dentro del balcón, donde seguramente lo habrían dejado para que tomase un poco de sol, sujetándolo a la reja. El animal, al sentirse sobre tierra firme, ladró de alegría meneando la cola.

Pero no así su generosa salvadora, la criadita Macedonia. Con los ojos espantados miró los huevos estrellados en la vereda; y la verdura, desparramada por el suelo como deseando no volver al canasto para no sufrir apretones y olor a carne cruda.

Doña Bruna, como el capitán que manda a un batallón, miró a la obediente sirvientita, quien fué recogiendo lo que podía del suelo, hasta llenar de nuevo el canasto y emprender los pocos pasos que la separaban de su encierro.

Sofita, desde el balcón, reía batiendo palmas, divertida al contemplar lo que ocurría.

No bien cruzaron la puerta de calle, Doña Bruna, como una fiera, dijo a la niña:

—¡Me vas a pagar los huevos!

—Sí, señora... no se enoje... ¡por favor! ¡No me castigue! Fué todo por salvar al lanudo de la abuela de Sofita. ¡Perdóneme!

—¿Qué dices? ¿Te atreves a pedir perdón?

—Sí señora, ¡perdón! El pobre perrito estaba sufriendo... los huevos... los huevos no sienten...

—¡Ese cuzco que nos atolondra con sus ladridos! ¡Ya verás lo que cuesta!

—Será la última vez, Doña Bruna. ¿No dice usted que me va a regalar? Que no me necesita...

Llegaron a la cocina y, no bien dejó la canasta, Macedonia sintió que la arrastraban de una oreja hasta el baño, donde su patrona con un zapato la castigó.

—Y ahora, sin café por una semana. Otra vez sigue tu camino. No te visto, ni te doy de comer para que salves los perros del vecindario. ¿Lo oyes? — agregó la patrona con el cabello alborotado y el rostro fruncido.

Al día siguiente, Macedonia barría la cocina con los ojos enrojecidos por el llanto, cuando oyó la voz de su vecina:

—¿Estás sola, Macedonia?

Se trepó a un banco y asomándose por la ventana, miró hacia arriba y descubrió a su amiguita del piso alto, que lucía su revuelta cabellera por fuera de la ventana.

—No, no estoy sola. Doña Bruna está con visitas, yo creo que pronto se va para Montevideo.

—¿Y tú?

—Dice que me dejará en cualquier parte.

—¡Estaba deseando verte! — agregó Sofita. —
¡Me divertí tanto! ¡Pobre pichicho! Yo se lo conté a mi
abuela y dice que te va a mandar un regalito.

—¿A mí? — respondió Macedonia bajando los
ojos al recordar el castigo recibido por haber dejado
caer el canasto — y al punto dijo:

—Tú te has reído, Sofita; pero yo he llorado mucho.
La señora me ha regañado porque se rompieron los
huevos.

—¡Pobre Macedonia! ¡Y pensar que abuela tiene la
culpa por dejar el perrito en el balcón! ¿Sabes que ma-
mita me hizo un vestido nuevo y que papá me llevó al
cine?

—¿De qué color el vestido?

—¿A qué no adivinas?

—Color cielo, como tus ojos, Sofita.

—Adivinaste. Papá me trajo un frasco de carame-
los y he preparado un paquetito para tí. ¡A la una... a
la dos y... a... las... tres!

No bien terminó la frase, Sofita arrojó los cara-
melos con la puntería del mejor cazador y, naturalmen-
te, fueron a dar contra la ventana, pero con tan mala
suerte que, en lugar de ser recogidos por las manos
paspadas y arruinadas de Macedonia que se habían
ahuecado como canastitas toscas para tomar al vuelo
el paquete, fueron a estrellarse contra uno de los vidrios
haciendo un estruendo espantoso.

¡Qué susto! La sirvientita saltó del banco y quedó
más tiesa que una estatua, a tiempo que Doña Bruna y
las visitas aparecían en la cocina.

—¿Qué es esto? Habla, Macedonia. No haces más que tragar saliva. Expíciate.

—Nada... fué... fuí yo... creo... o el viento...

—No me mientas. Aquí hay gato encerrado. ¿Y esto? — preguntó levantando los caramelos. — ¿De dónde han salido?

—No.. sé... no se lo puedo decir.

Sonó el timbre y Doña Bruna, dijo:

—Corre y anda a ver quién llama.

Macedonia desapareció y ¡oh sorpresa! Sofita y su abuela.

—Buenas tardes, querida — dijo la anciana. — Dile a Doña Bruna que deseo hablarla.

—¡Por piedad, señora! ¡Por favor, Sofita! Mi patrona está muy enojada. No le vayan a decir que rompieron el vidrio! Te castigaré, Sofita...

—¿A mí? No, Macedonia. Estoy con mi abuela. Papá y mamá me han enseñado a repartir los caramelos entre mis amiguitas y no veo qué mal puedo haber hecho.

—¡Es verdad!... ¡Abuela... papá... y... todavía mamá!... Yo no los tengo... — respondió con tristeza la sirvientita.

Macedonia corrió para anunciar las visitas.

—¿Qué desearán las vecinas? — exclamó Doña Bruna.

—Será por el perrito que salvé — se atrevió a decir Macedonia.

—¿Y cómo lo saben?

—Lo vió Sofita, la nieta de la viejecita que tanto quiere a su perro.

—Pues que pasen adelante.

Después de tomar asiento y cambiar saludos, la abuela de Sofita dijo:

—Usted, señora, no tiene más hijos que esa pequeña que la ayuda en sus quehaceres, al parecer. ¿No es verdad?

—No es hija, señora, ni quisiera que lo fuese. A una hija mía, usted comprende, no la haría trabajar en esa forma. Es una chinita que me entregaron para que me ayudase en cambio del alimento y de la ropa que le proporcionó.

—De manera que, esa niña, no puede sufrir o estar contenta como si fuese hija suya. ¡Pobrecita!

—¿A qué ha venido usted? ¿A darme lecciones? —preguntó enojada Doña Bruna.

—Nada de eso, simplemente para advertirle que tiene usted una alhaja. Esa niña es muy buena, sus ojos no mienten y su conducta lo prueba.

—Se equivoca. En primer lugar, no es una niña, es una sirvienta. En segundo, yo no veo nada en sus ojos, ni en su conducta. Figúrese que por treparse a la ventana, ha roto un vidrio; y ayer, por salvar a su perro, ha estrellado los huevos que traía de la feria.

—Doña Bruna, hoy estuvieron unos empleados de policía y me dijeron que si yo me presentara a la autoridad contando lo que Macedonia había hecho por el perro, lo publicarían en los diarios con su retrato y que, probablemente, la sociedad que protege a los animales la premiaría con una medalla.

Al oír esto, la patrona de Macedonia abrió los ojos espantada y luego cambió de voz.

—¿Qué dice? ¡Ah, por cierto, es una alhaja! Yo la he educado y pueden publicar mi nombre también, porque hago las veces de una mamá. ¡Macedonia!—exclamó Doña Bruna llamando a la niña.

Esta acudió y... ¡cuál no sería su sorpresa al ver que su patrona la cubría de besos!

—¿Qué monada! ¡Si ya lo sabía! ¡Te darán una medalla! ¡Saldrás en todas las revistas! — decía la orgullosa señora.

—Se equivoca — dijo la abuela de Sofita sonriendo — yo no me voy a presentar a la autoridad, ni voy a permitir eso. Ya lo he manifestado; y si no salgo de testigo, todo queda en la nada.

—¿Por qué? — preguntó alarmada Doña Bruna.

—Muy sencillo, porque Macedonia merece un regalo, un regalo mucho más valioso que la publicación de su nombre y la entrega de una medalla. Macedonia merece y necesita ser tratada como una hija y para premiarla, hacerle pasar un momento agradable, obsequiándola con una fiesta en la casa. Además, si salvó al perrito, fué porque así se lo ordenó su buen corazón y no dudo que lo hará siempre con los que vea sufrir. No necesitan enterarse los demás. Al fin y al cabo ha hecho una cosa muy natural y que todos deben hacer: ha procedido con humanidad, salvando a un animal que no encontraba defensa. Pues bien, he preparado un té con las amiguitas de mi nieta Sofita, y espero que usted permitirá que asista Macedonia. He venido especialmente para invitarla.

—De ningún modo. ¿No sabe usted que es una sirvientita?

—Sí, señora; eso me basta para tratarla mejor, porque no conoce a su mamá.

—Escuche: es una criatura incorregible — añadió furiosa Doña Bruna. La estoy por entregar a la primer familia que la reciba, pues todo se rompe en sus manos y no alcanza a pagar lo que come.

—Parece que Macedonia fuese un bulto que pueda mandarse de un lado para otro — dijo la anciana.

—Precisamente: un bulto, ni más ni menos y quiero deshacerme de él; si quiere, lléveselo, pues debo embarcarme para Montevideo; allá, posiblemente, no faltará otra chiquilla sin padres, alguna negrita más trabajadora, a quien pueda manejar a mi antojo.

—Convenido — contestó la abuela.

—¡Qué suerte! — exclamó Sofita. ¿La llevamos hoy?

Al día siguiente, hallábase Macedonia instalada en casa de la buena anciana. La sirvientita de otros días, había pasado a ser la niña mimada de la abuela de Sofita.

—Buenas noches, Macedonia, dame un beso y acuéstate — dijo su nueva dueña.

—Señora... no me atrevo. Yo no he besado a la señora.

—No me llames señora, ya te lo he dicho, díme: abuela. ¿Y a quién besabas?

—A veces a mis manos, otras, a los platos cuando los veía relucir...

La anciana la abrazó y al darle muchos besos, le dijo con los ojos llenos de lágrimas:

—Estos son para las niñas buenas que viven trabajando bajo el grito y el látigo de las patronas.

Macedonia sonrió primero y, luego, acariciando con sus manos ajadas la cabeza de la abuela, dijo entre sollozos:

— Si hubiese muchas señoras como la abuela de Sofita ¿verdad que no habría tantas niñas como la que fué sirvienta de Doña Bruna?

—Es cierto, querida.

Y con una sonrisa de la anciana Macedonia se retiró a dormir.

.....

Si una de las tantas lechuzas que suelen detenerse por la noche, junto a las ventanas, mirase con sus ojazos fijos el rostro dormido de Doña Bruna, refunfuñando diría:

—¡Qué fea!

Si pispase el de la abuela de Sofita y el de Macedonia, alegre murmuraría:

—¡Qué lindas!



Los platos celestes

—Dígame, abuelo: ¿por qué conservas esos platos en marcos de felpa negra?

—Creía que lo sabías. ¿No me has oído muchas veces referírsele a las visitas?

—Sí, abuelo; pero no acabo de comprenderlo. Todos dicen lo mismo: son del tiempo de Juan Manuel, de la época del tirano, se salvaron por casualidad, eran de los padres de nuestros abuelos. Pero eso no basta. Yo quisiera que me lo contase del todo, abuelo.

—¡Cómo no! ¡Encantado, mi nieto! Me alegro que haya uno en la familia que se interese por esos platos venerados.

—¿Qué quiere decir venerados?

—Pregunta y pregunta, Cosmito. Pregúntale a tus padres, a tus tíos y a tus maestros; llegarás a ser un hombre completo que luego podría responder a los chiquillos que preguntan. ¿Hay algo más hermoso?

—Bueno. ¿Y la historia de los platos? ¿Y lo que le pregunté?

—Es verdad. Venerado es todo aquello que nos hace recordar algo que ya pasó, lo miramos sin cansarnos con mucho cariño, lo cuidamos con delicadeza, lo colo-

camos en un lugar al alcance de nuestra vista, no quisiéramos que sufriese el menor rasguño y, cuando fijamos los ojos en el objeto venerado, pensamos en silencio, en todo lo que pasó a su alrededor y sonreímos o lloramos según el caso.

—¿Y usted me quiere decir, abuelo, que ese par de platos es un algo venerado?

—Sí, Cosmito. Esos platos celestes fueron testigos de uno de los tantos asaltos cometidos por aquellos mazorqueros del año cuarenta.

—¿Qué son testigos? ¿Quiénes eran los mazorqueros?

—¡Cuántas preguntas, mi regalón! Aunque yo mismo te lo he recomendado—dijo el anciano inclinando su cabeza blanca.

—¿Y me contestará usted? ¿Será tan bueno?

—Sí, Cosmito. Has cumplido nueve años; tienes una frente ancha y tersa; sin las arrugas que pintan la edad, eres inteligente, bueno y cariñoso. Tus ojos pardos, vivos y curiosos me invitan a contarte muchas cosas; tu boca siempre entreabierta cuando levantas tu cabecita de cabello negro, abundante y revuelto, está deseosa de interrumpir mis palabras con una pregunta; tus carrillos, soplados y morenitos con el carmín de los frutos casi maduros, me dicen que tienes mucha salud. ¡Feliz de tí!

—¿Y los testigos? ¿Y los mazorqueros?

—Es cierto, cariño; pero mirándote me olvido de todo. Esos platos fueron testigos mudos que permanecieron juntos a mis abuelos, pasaron de mano en mano, vivieron en aquellos tiempos, se llenaron de manjares

para caer sin piedad bajo los pies de los mazorqueros al grito de “¡Viva la santa federación!” y otras exclamaciones que no me atrevo a repetir.

—Pero, abuelo, no se enoje... ahora no están. Si así comienza ¡cómo será cuando termine! ¡Me da miedo! ¿Y los mazorqueros?

—Ya sabrás quiénes fueron; pero antes, debes conocer al tirano.

—Yo creo que lo conozco, abuelo. La maestra nos enseña historia argentina y, si mal no recuerdo, en mi patria hubo un tirano que se llamaba... que... se llama... ba...; ¡sí! ¡Ya me acuerdo! Juan Manuel de Rosas. Fué un tirano, abuelo ¿usted sabe por qué? Yo se lo voy a explicar: un tirano porque mandaba por la fuerza. Si yo no le obedeciese a usted, aunque yo siempre le obedezco, pero si usted me obligase a empujones o a latigazos, yo me asustaría y... a veces, ni aunque estuviese enfermo, callaría obedeciéndole por temor, por miedo al castigo. ¿Verdad que eso no vale?

—No me hagas reír, Cosmito. Ya veo que algo sabes. El tirano, generalmente, se apodera del gobierno y quiere que todos le respondan conforme a sus ideas; tenga o no tenga razón: encarcela, cierra puertas y obliga a callar o a gritar, asusta a los tímidos y saca del país a los valientes, porque le molestan. Pues bien, algún día lo sabrás mejor. Por lo pronto, ya sabes que hace un siglo.

—Cien años, abuelo.

—Eso es; más o menos en esa época subió al poder Don Juan Manuel de Rosas.

—¿Verdad que en ese tiempo todos usaban una divisa punzó, como nosotros la escarapela en el día de la patria?

—Es cierto. Los contrarios eran celestes, o sean los unitarios, enemigos de Rosas.

—¿Y Rosas era del partido federal?

—Ya veo que la maestra te ha dado una buena lección. Los unitarios querían la caída del tirano.

—Por eso los partidarios de Rosas gritaban ¡Abajo los salvajes unitarios!

—Muy bien, Cosmito; pero no levantes la voz ni te entusiasmes, porque tu hermanito duerme y se puede despertar. Se formó entonces una sociedad que cuidaría del orden y de la libertad, pues se repetían con frecuencia los barullos callejeros que asustaban a los vecinos: volaban las balas, gritaban y corrían.

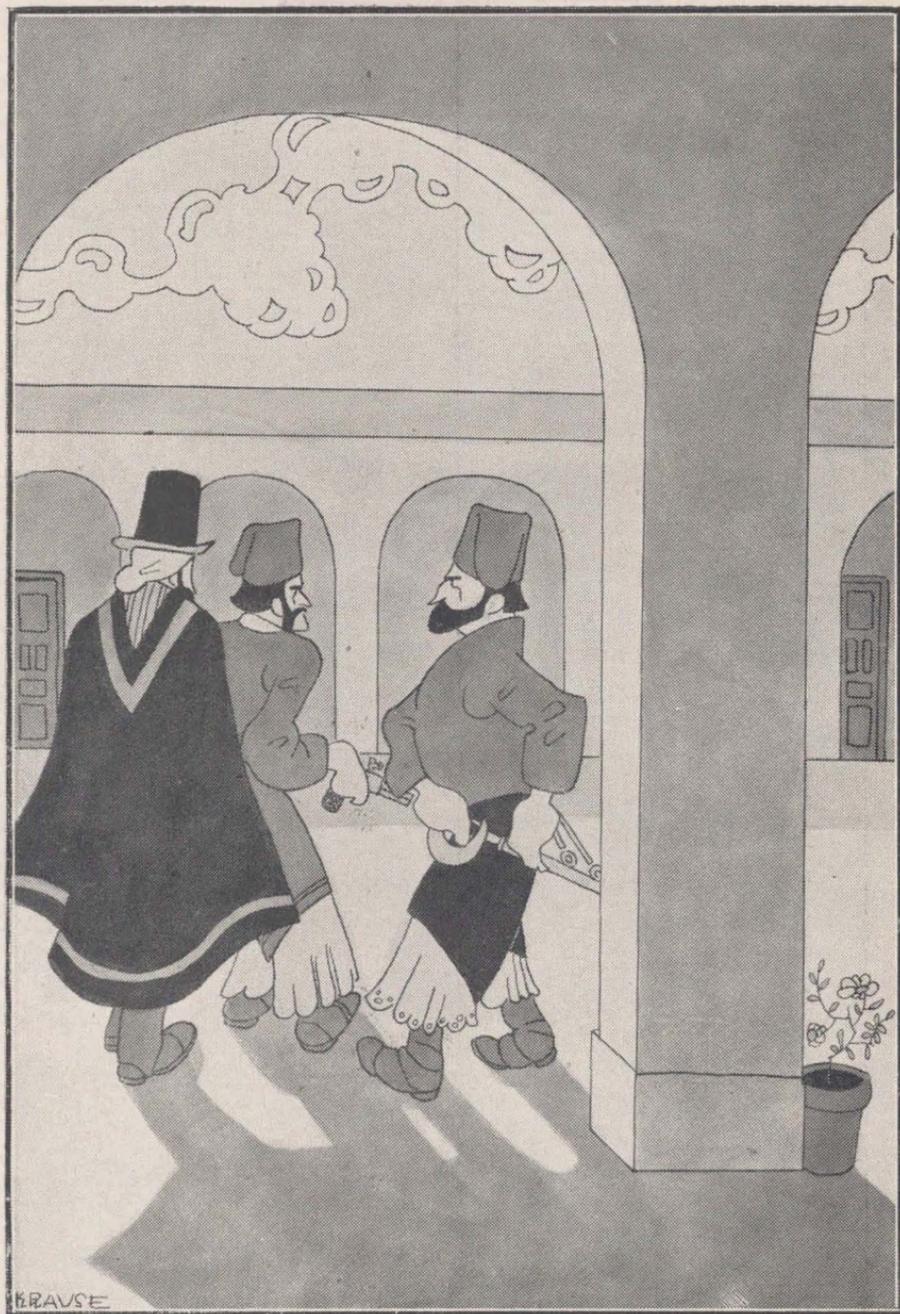
—¡Qué horror!

—El caso es que la sociedad no fué de paz, sino de terror. Se llamó “La Mazorca” y sus componentes vestían de colorado. Ver los mazorqueros y temblar, era cosa de todos los días, allá por el año cuarenta. El que no usaba la divisa punzó, estaba perdido.

—¿Y los chicos también?

—También los chicos fueron obligados a lucirla, y así concurrían a la escuela. Un mal día, unos cuantos mazorqueros dejaron oír el acompasado y conocido grito de: “¡En nombre de la santa causa!” y sus voces repercutieron en el patio enorme del caserón de mi padre, el inglés Don Carlos.

—¡Qué susto! ¿Y qué hicieron?



“¡En nombre de la santa causa!” y sus voces repercutieron...

—No te alarmes. Mi madre, Misia Saturnina, era una mujer valiente que no disparaba cuando veía el peligro y... ¡así eran las madres de aquellos tiempos!
— agregó el abuelo sacudiendo la cabeza.

—Siga, siga, pronto. ¿Qué sucedió?

—Mi madre tenía muchos chiquillos: Eduardo, Juana, Tomás, Rosa, Sofía y Carlota.

—¿Y usted, abuelo?

—Es cierto, y yo también.

—¿Qué hicieron? ¡Pobres chicos!

—Sentaditos en torno a una mesa, escuchaban la lección que les dictaba una inglesa. Misia Saturnina, mi madre, se acercó diciéndoles: “No se muevan”. De inmediato salió al grito de “¡Viva el ilustre Restaurador de las leyes!” como se le llamaba al tirano. Los mazorqueros entraron sin más ni más, enderezándose hacia los grandes armarios. Los abrieron arrojando todo por el suelo, pisoteándolo sin consideración alguna. Al llegar al gran comedor, uno de ellos gritó con voz ronca y desagradable: “Aquí hay algún perro unitario. Venga, patrona.”

—¿Qué pasa? — dijo mi madre.

—¿Y esto para qué se guarda?—preguntó haciendo volar las fuentes, tazas y platos de porcelana, con decorado azul-celeste. Mi madre respondió: — “Es un juego de loza inglesa.”

—¿Y los rompieron todos?

—Quedaron hechos añicos. En eso entró mi padre, el inglés Don Carlos, y acercándose preguntó: —“¿A un inglés, a un amigo del ilustre Restaurador, vienen a

pagar una visita en esa forma? Voy a invitarlos con una caña.

—No se enfade, amigo. Lo hemos respetado cuidando la persona de su señora y sus hijos, a quienes no hemos tocado siquiera; pero sepa que en tierra argentina todo ha de ser colorado como la sangre. Ni aunque sea inglés, acompañenos.

—¿Lo llevaron?

—Naturalmente; lo llevaron a presencia de Rosas, quien al verlo le extendió la mano, diciéndole que cuidase los colores que se usaban en la casa.

—¿Y era bueno con los ingleses?

—¿No lo sabes, Cosmito? Los molestaba con uno que otro susto, pero no los perseguía. Si algo les hacía, era por el placer de divertirse.

—¿Y qué hizo Misia Saturnina?

—Con mucho cuidado y con ayuda de dos negras que le servían, apartó los restos de la loza destrozada hasta descubrir esos dos platos enteros.

—¿Esos platos? — dijo el niño señalando los que guarnecidos con dibujos celestes y sostenidos en anchos marcos de felpa negra pendían de una de las paredes del comedor.

—Sí, Cosmito; esos son los platos que se salvaron del desastre. ¿No crees que deben ser venerados? ¿No crees que fueron testigos mudos de lo que pasó en aquel día lejano?

—Ahora lo sé, abuelo. ¡Si pudiesen hablar!

—No es necesario, Cosmito. Consévalos, serán para tí. Cada vez que los mires te hablarán sin decir palabra,

te hablarán de los padres de tus abuelos, y de la época en que nuestro país se sintió bajo el dominio del terror.

—¿Qué días aquellos! ¿Y duró muchos años?

—¿Aquel gobierno? Alrededor de veinte.

—¿Y cómo terminó?

—Los unitarios, a las órdenes del General Urquiza, se aproximaron a la Capital, derrotando a Rosas en Monte Caseros.

—¿Y qué le hicieron?

—Huyó como huyen los que tienen culpa. Se embarcó para Inglaterra, donde pasó los últimos años... lejos de su suelo.

—Abuelo, voy a estudiar historia. ¿Cómo me gustaría saber lo que ocurría año tras año!

—Sí, Cosmito. Otro día te contaré muchas anécdotas sobre la vida de aquel entonces.

—Gracias, abuelo.

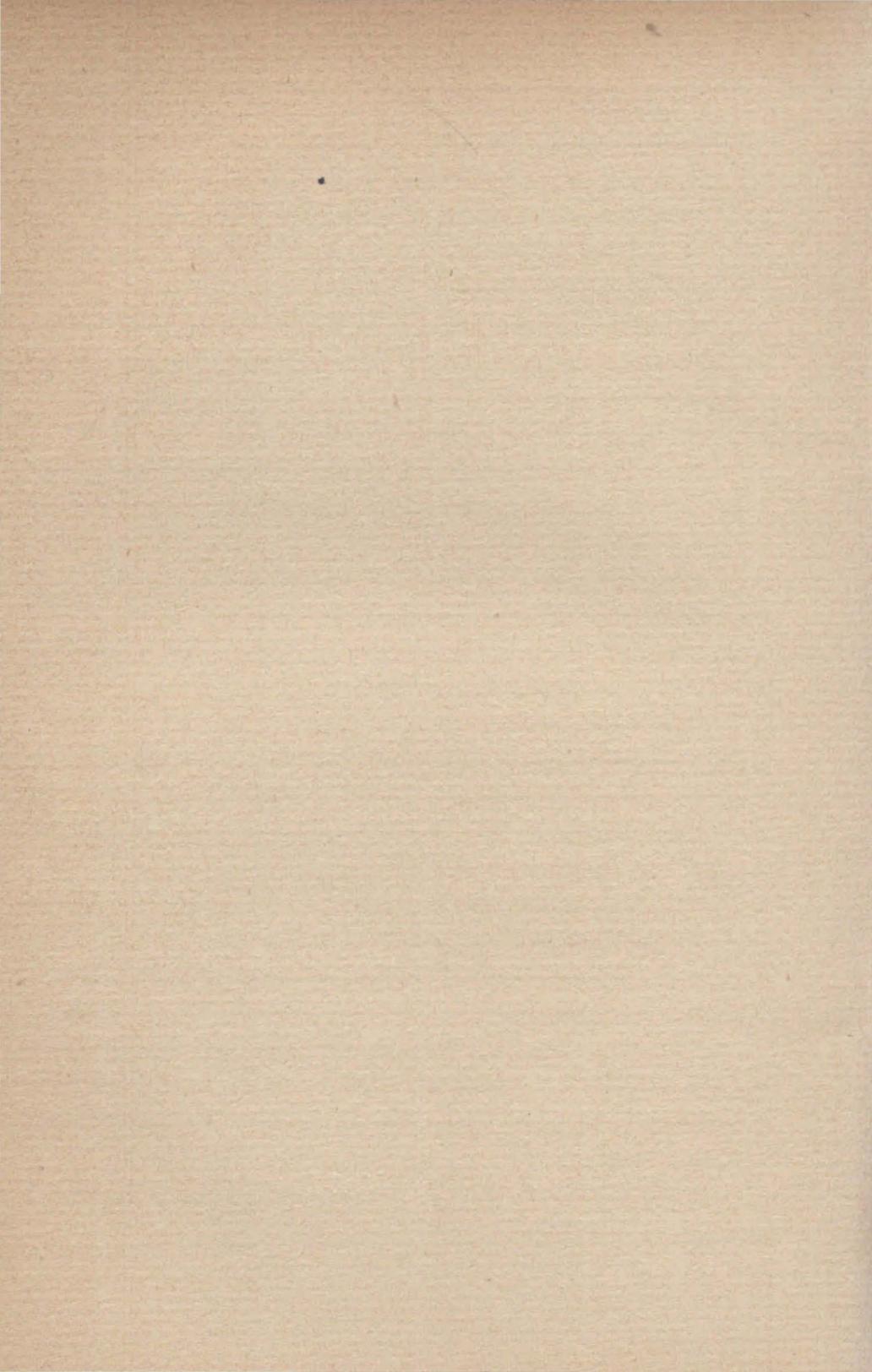
—Estudia la historia de tu país y la del mundo entero. Sabrás entonces a quiénes debes imitar para merecer el respeto y la admiración, no sólo de tus hijos, sino de la humanidad.

—¿Qué es la humanidad? La última pregunta, abuelo, porque ya veo que usted se fatiga.

—La humanidad es el conjunto de hombres, mujeres y niños de todos los países: civilizados y salvajes.

—Un beso, abuelo, y mañana lo asaltaré a preguntas— dijo Cosmito acercándose a su abuelo, mientras éste entornaba los ojos, inclinaba la cabeza y en voz muy baja decía:

—¡Encantado, mi regalón! Pregunta, pregunta y pregunta siempre.



La composición de Rodolfo

(Cuento pro-paz)

—¿Por qué lloras, Rafael?

—Porque no puedo hacer la composición. Empiezo, empiezo y no encuentro palabras para alargarla. ¡Es tan difícil! ¿No podría faltar a clase? Un día más o menos, mamita...

—¿El motivo?

—La vergüenza... la vergüenza de ser el único que no lleva su deber, tal como el maestro lo ha explicado — respondió el niño sollozando.

—¿Y cómo sabes tú que los demás cumplirán con su deber? — preguntó la mamá, acariciando con sus dedos delicados los rubios cabellos de su hijo.

—Porque a los demás los ayudan en la casa. Los chicos me han contado que... cuando no es el abuelo, es el tío o el padrino que los saca del paso.

—Pero tú tienes una mamá... una mamá que tal vez te guíe, cuando tropieces con alguna dificultad. Vamos a ver... ¿de qué se trata?

—No lo vas a saber, mamita: las que hacen sombreros, como tú, no pueden saberlo. Es una composición de escuela, de esas cosas que se habla en la clase, que los maestros tan sólo pueden explicar. Es algo que

necesita ejemplos y que debemos escribir con mucho cuidado porque... en caso contrario... no seremos buenos argentinos.

—Pero dime, Rafael: ¿la has comenzado ya? Déjame leerla.

—Sí, mamita. Aquí está, y esto es lo único que recuerdo, de cuanto dijo el maestro — agregó el niño extendiendo una hoja de anotador, donde la mamá alcanzó a leer:

“Composición: La patria.

Patria es el suelo donde hemos nacido...”

—De ahí no salgo mamita...

Sonó el timbre. La madre miró a través del vidrio, alcanzando a distinguir a uno de los compañeros de Rafael.

—¡Rodolfo! Ahí está Rodolfo. Veamos qué desea...

Rafael saltó de la silla y corrió a recibir a su amigo.

—Buenas tardes. ¿Vienes a jugar?

—Buenas tardes, Rafael. No... yo creo que no podré jugar hoy. Estoy desesperado.

—¿Por qué?

—Por la composición. ¿La has hecho?

Rafael miró a su mamá y al ver que permanecía muda, dijo:

—Sí... un poquito... me falta concluirlo.

—Yo no puedo, Rafael. He venido para que me ayudes. Varios compañeros me han hablado por teléfono y, según parece, todos están afligidísimos. Paco, Alfonso y Luis María han copiado algo de unos libros. Eduardo se fué a lo de su padrino y, como es doctor, se la hará, sin duda.

—Pero ¿qué ocurre? ¿por qué tanto alboroto? Es el primer día que los veo alarmados ante el resultado de un deber.

—Mire, señora — replicó Rodolfo. — Se acerca el 25 de Mayo, y el que redacte mejor la composición, la leerá en el patio frente a todos los alumnos de la escuela. Como ya estamos en cuarto grado, debemos lucirnos, así dice el maestro. Además, el que ocupe el segundo lugar, hará guardia junto a la bandera de seda que, seguramente, estará sostenida por uno de los chicos de sexto grado.

—Pues me alegro muchísimo que traten de destacarse — agregó la mamá, sin terminar, pues fué interrumpida por el niño.

—¿Qué es eso, mamita? Eso... de ¿destacarse?

—Mostrarse sobre los demás compañeros. Sobresalir entre todos. Dejarse admirar o aplaudir. Ser una especialidad o algo raro entre muchos.

—Sí, mamá. Eso es lo que todos deseamos. Lo peor es que se destacará el que tenga quien lo ayude o le haga la composición y eso... no... vale, no vale, no, no. —repitió Rafael, contrariado.

—Otras veces no se han preocupado tanto; y hoy, sólo por ocupar un lugar preferente delante de los demás niños están tratando de escribir mejor.

—¿Y acaso no tenemos razón, mamá? ¿No dijiste que te alegrabas que tratáramos de destacarnos.

—Es cierto; pero no por ese motivo. El cumplimiento de los deberes, o sea, de las obligaciones, ha de preocuparlos siempre, aunque permanezcan en la sombra. No se cumple para que aplaudan los demás,

sino por uno mismo. Pues bien, voy a sacarlos del apuro. Vamos a trabajar.

Rafael y Rodolfito tomaron asiento frente a la mesa del modesto comedor dispuestos a escribir.

—¿Cuál es la patria de ustedes? — preguntó la mamá.

—Mi patria es la República Argentina — dijo Rafael.

—Muy bien. Ya tienes una frase. ¿La tuya Rodolfo?

—La mía es la República de Francia.

—Entonces — dijo Rafael — ¿para qué quieres hacer guardia a nuestra bandera? y ¿cómo podrás hablar de la patria?

—¿Qué tiene de malo? — contestó el niño — ¿Acaso no puedo cuidar la bandera del suelo donde vivo y trabajan mis padres?

—Muy bien, Rodolfo — dijo la mamá. — ¡Eres admirable! Si todos velasen por las banderas extranjeras, sea cual fuese la nacionalidad, empeñándose en servirla, no habría guerras, no habría disturbios y todos serían ricos y buenos. Díme, Rafael, si tú estuvieses en Francia, en la patria de Rodolfo ¿no te gustaría prestar guardia a su bandera, si lo merecieses por tu aplicación?

—Verdad, mamá ¡qué lindo sería!

—Prosigamos — dijo la buena señora — ¿Qué encierra la República Argentina, Rafael?

—¿La Argentina? Encierra... muchos automóviles, muchos ómnibus y muchos cinematógrafos.

—No está mal, hijo mío; pero no te pregunto por los objetos hechos por el hombre, me refiero a las bellezas naturales de este suelo.

—¡Ay, mamita! Es muy difícil. ¿Serán las montañas?

—Es cierto, Rafael; pero no te vayas tan lejos, piensa en lo que has visto.

—Los árboles, las plantas...

—¿Qué más, Rodolfo?

—El campo, el río de la Plata, los caballos, las vacas, las ovejas...

—Sí, mamá — agregó Rafael. — ¡Ya me acuerdo! Esto lo dijo el maestro. Habló también de las montañas, de los picos cubiertos de nieve, del cóndor de los Andes, de las cataratas del Iguazú y de las riquezas minerales.

—Pero, Rafael, ¿sabes más que yo! — exclamó la mamá.

—Es que no me acordaba. También hablamos de los extranjeros.

—¡Es cierto, Rafael! — agregó Rodolfo. — El maestro nos dijo que eran recibidos con los brazos abiertos porque nos ayudaban con su trabajo y con sus hijos; que esos mismos extranjeros aprendían y enseñaban y que... por eso... la República Argentina es generosa.

—Sí, Rodolfo: es generosa porque es grande y hay lugar para todos; es rica, porque tiene muchas cosas — añadió Rafael.

—¿Y de sus hijos? — preguntó la mamá.

—¿De los hijos? Nos dijo que fueron muy buenos: Moreno, San Martín, Rivadavia y muchos otros.

—Bien, Rafael. ¿Te acuerdas que el maestro terminó diciendo que debíamos leer la vida de esos patriotas? — dijo Rodolfo.

—Pues bien —interrumpió la mamá — Son ustedes capaces de hacer una composición modelo que podría leerse, no sólo en el patio de la escuela, sino en cualquier salón o... al aire libre.

—¿Verdad, mamita? Todavía falta... falta hablar de la bandera que la representa cuando estamos en lejanas tierras y de cuánto la queremos.

—Y también que probaremos ese cariño siendo buenos, trabajadores y estudiosos. Con hijos así, la patria se engrandecerá y marchará adelante — agregó Rodolfo.

—¡Espléndido! — exclamó la mamá. Escriban como si estuviesen hablando.

Los niños bajaron la cabeza y comenzaron a trabajar con entusiasmo, sin necesidad de pedir auxilio.

Pasaron dos días. Rafael entró a su casa al regresar de la escuela y arrojando la gorra al aire, exclamó:

—¡Mamá, mamita! ¿Sabes cuál es la mejor composición? La de Rodolfo.

—¡Ay, que suerte! — respondió la mamá.

—¡Y pensar que es un francés! — añadió el niño — Pero... el maestro dijo que no importaba la nacionalidad: justicia es justicia, él escribió mejor que los demás y la leerá el día de la fecha patria.

—¿Y tú, Rafael?

—¡Yo... yo, mamita! ¿Qué crees? Estaré junto a la bandera de mi patria derecho como un poste,

velando por ella... ¿te das cuenta? ¡Qué honor! Todo por tí, mamita que nos has ayudado a pensar.

—Abrázame, Rafael. Te felicito. Quisiera que invitasas a Rodolfo, pues me gustaría leer su composición.

—¿Por qué no vas a la fiesta de la escuela?

—¡Es cierto! Iré para oírlo y aplaudirlo.

—¿Sabes lo que nos dijo el señor director?

—No, cuéntame, quiero saber.

—Que le agradaba muchísimo que un extranjero, un francés como Rodolfo, escribiese sobre la República Argentina; sobre su belleza, su generosidad y sus hijos; porque eso le demostraba que sabía apreciar lo que le rodeaba y que no era un egoísta, uno de esos chiquillos que quieren todo para sí, que se enorgullecen sólo de sus padres, de su bandera y su tierra. También nos dijo que si algún día un argentino se encontrase en tierra extranjera, estudiando o trabajando, debía como Rodolfo distinguirse por su bondad, su sencillez y su rasgo de amor hacia la bandera que no era la de su patria.

Muy bien, Rafael. La composición de Rodolfo ha sido una lección para todos. ¡Felices los niños que admiran la grandeza de los demás países! ¡Cuánta paz, cuánto progreso habría en el mundo!

—¡Viva mi patria! — exclamó Rafael.

—¡Vivan también la de todos los extranjeros que habitan el suelo argentino! — dijo la mamá, besando a Rafael.



INDICE

	Pág.
Purita Paz	5
Los buenos deportistas	11
El canillita y la maestra	19
Los zapatos prestados	27
El mejor regalo	39
Los amiguitos de enfrente	45
Goyo	53
Las coronitas de jazmín del país	63
Los bichos de cesto	73
La fea y las lindas	83
Los platos celestes	93
La composición de Rodolfo (Cuento pro-paz)	101



Comentarios de la crítica

Entre los que han vencido en lo posible las dificultades que presenta la literatura infantil, merece un lugar destacado la señora María Leonor Smith de Lottermoser por la llaneza y la transparencia de un estilo limpio de toda cargazón retórica, por la rica fantasía de las fábulas y por la sana y simple moral que perfume estas páginas dedicadas al mundo pequeño.

Encantado con esta obrita, que constituye, además de un breve éxito literario, una buena acción social y para demostrar a la distinguida escritora mi gratitud de "pater familiae" he traducido al italiano el cuento "El gran premio" y se lo he enviado a mi hijita allá en Italia.

FOLCO TESTENA

Crítico literario y artístico

Ponderemos las historias ofrecidas a los chiquilines por la Señora María Leonor Smith de Lottermoser, tan bien escritas, tan al gusto y al alcance de los auditorios infantiles. Ingenuas e interesantes, cumplen su cometido a la perfección. El volumen, además, hállase editado con esa elegancia que los pibes prefieren y que hace doblemente grata su interesante lectura . . .

"CARAS Y CARETAS"

12|10|31

No es seguramente la lectura dedicada a los niños la más fácil . . . Para esta clase de trabajo precisa de una comprensión del alma del niño, que pocos de los que se dedican a escribir logran poseer . . . Todo esto lo hubo de tener en cuenta la autora para redactar estos cuentos, verdaderamente para niños, aunque se sonrían con indulgencia los espíritus fuertes.

"LA RAZON"

12|5|32

En sus cuentos entran proporcionalmente los elementos del bien. Triunfan la modestia, la abnegación y la pureza de intenciones. Además, el estilo, libre de artificios, . . . tiene la limpidez y la tersura propias de la materia . . . Todos son interesantes, desde el punto de vista del espíritu infantil al que están dedicados.

DIARIO "LA PRENSA"

15|11|1931

Quince cuentos incluye el nuevo libro de la señora de Lottermoser, todos ellos interesantes y dialogados en una forma fácilmente accesible para las pequeñas mentalidades a que están dedicados. Del conjunto sobresalen "Payita Charro", "El canillita y el rey", "El argentino Pelusa" y "El hijo de Ña Gustina", este último sobre todo.

La obra de esta educadora encierra un ansia noble de proporcionar a los niños un material de lectura ameno. No se trata de narraciones espeluznantes ni de cuentos de miedo, sino de ejemplares obritas, hábilmente enlazadas, en las cuales domina la bondad.

DIARIO "LA NACION"

17 de Junio 1932

Con inmenso placer he recibido sus dos libros de cuentos infantiles cuyo sabroso contenido me ha dado la sensación de la dulzura y la bondad . . . Vd. me ha hecho pasar momentos de exquisita ternura, leyendo sus bien inspirados cuentos, pues ha conseguido hacerme olvidar que soy hombre para transportarme a las horas tranquilas de la infancia en que aprendí a soñar y sentir.

. . . Los cuentos son buenos, porque agradan a los chicos. Pero también agradan a los grandes.

MIGUEL PIEDRABUENA

Inspector de las Escuelas Primarias
de la Capital y Profesor de Enseñanza secundaria.

. . . Libros como el tuyo, son los que necesitan los niños nuestros. Has iniciado con éste y el anterior una producción literaria de gran utilidad . . .

. . . Los cuentos son emotivos, de asuntos sencillos y amables para los niños, son de interés infantil, consideración esta última que tan pocos escritores saben dar a sus obras para niños.

CLOTILDE G. DE REZZANO

Doctora en Filosofía y Letras. Ex Directora de la Escuela Normal N.º 5

Este libro "Los cuentos de Tía Nonó" es encantador.

Montevideo, 1931

JUANA DE IBARROUROU

Consagrada Poetisa Americana

Viene Vd. a llenar una sentida necesidad, eran precisos para nuestros niños cuentos que consultaran su psicología y estuvieran adaptados a nuestro ambiente. Su lectura revela que conoce acabadamente el alma del niño.

EDUVIGES D. DE MORENO

Directora de la Escuela Superior
"Bernardo de Irigoyen", C. E. V.º.





IMPRENTA ROETZLER

LAVALLE 1521 - BS. AIRES

U. T. MAYO, 2251

